

VISTA DEL VESUBIO



dad se sublevó y los insurgentes invadieron la cárcel, poniendo en libertad á todos los presos políticos. Pero la autoridad romana, que veía venir el motin, se había anticipado á sacar secretamente de la cárcel, *quinze minutos* antes del alzamiento, á estos dos infelices reos y á esconderlos en otro lugar, desde donde los envió á Roma con el mayor misterio.... ¡cuando Perugia y toda la Umbría formaban ya parte de los dominios de Victor Manuel!—Una vez en Roma los dos prisioneros, se han dejado pasar tres meses, y hasta que ayer fueron trasladados á Civita-Vecchia (la ciudad más fuerte del Estado romano, copiosamente guarnecida de tropas francesas), con el solo, con el único, con el exclusivo objeto de ajusticiarlos hoy..., lo cual se ha verificado sin aparato ni ruido.—¡Entre tanto, sus compañeros en la prision, sus cómplices en el delito, toda Perugia, toda la Umbría, llevan cuatro meses de ser liberales impunemente!—Repetid conmigo,.... que la suerte es caprichosa.

Pero anochece, y el capitán del *Durance*, excelente marino, á quien tuve el gusto de conocer en Africa (pues mandaba uno de los buques sardos contratados por nuestro gobierno), nos envía á buscar para que lo acompañemos á *pranzo*, quiero decir, á comer...

Vamos allá, y hagamos por la vida, sin miedo alguno de que nos guillotinen por liberales...—Dígolo, porque ya hemos levado anclas, y somos libres...; tan libres, que estamos en plena posesion del mar, bajo la bandera francesa, con rumbo á *Nápoles*, ciudad libre tambien!

Para ello ¡trabajo nos ha costado *legalizar* nuestra situacion á los ojos de la policía romana!—¿Querreis creer que nos pedían en la estacion del ferro-carril de *Civita-Vecchia* un certificado del cura *de nuestra parroquia en Roma*, que nos autorizase á dejar los Estados Pontificios? ¿Querreis creer que, porque no teníamos ese certificado, trataban de hacernos regresar á la Ciudad Eterna? ¿Querreis creer que hasta que se convenció un Empleado, nada Salomon, de que no éramos *italianos*, nos hemos visto amenazados por los gendarmes del Papa?

¡Ah, noble y beatísimo Pio IX! ¡Qué cosas se hacen en su santo nombre! Y ¡qué inmensa distancia, qué absoluta diferencia existe entre lo que se ve y se adivina con dolor en el Estado Romano y aquel alma bondadosa, paternal, angélica, que acoge tan cariñosamente á los peregrinos, y derrama un bálsamo tan benéfico en los corazones atormentados!

.....

Dia 15.—A bordo del *Durance*.

Ya es de dia.—Subamos sobre cubierta.—Debemos de estar á la vista de *Nápoles*.

La noche ha sido penosa: hemos navegado con viento contrario, y esto ha retardado dos horas nuestro viaje.

Me alegro en el alma: así veré con luz del dia los sublimes panoramas que van á descorrerse ante mis ojos.



Ahora está la mar dormida. Por la *porta* ó ventana de mi camarote veo un cielo azul y trasparente. Va á salir el sol...— ¡Arriba!

Subo á tiempo al alcázar. Ya se distingue á lo léjos la doble pirámide de la *Isla de Ischia*, centinela avanzada del Golfo de Nápoles...

Acabamos de dejar atrás á *Gaeta*, que se divisa allá en la extensa línea del Continente con sus formidables muros.—El cañon no ha tronado en toda la noche.

Todos los anteojos se fijan en la Plaza sitiada.—Nada da en ella señales de vida.—¡Tal vez dentro de una hora será teatro de nuevos y desesperados combates!—Démosle un adios.... y dispongamos el ánimo á las delicias de la region encantada en que vamos á penetrar.

Ya empieza á dibujarse claramente, en los fondos azules del cielo y de las olas, el clásico Archipiélago Parthenopeo... Las Islas de *Ischia* y de *Procida* parecen dos grandes navíos de color de violeta anclados á la entrada del mágico Golfo que no tiene igual en el mundo. Estas Islas se nos presentan en varias posiciones, á cual más elegante, segun que avanzamos hácia ellas.—Me recuerdan las Estátuas que giran sobre su pedestal en los museos...

Ya distinguimos otra Isla más pequeña...—Es la *Vivaca*.—¡A lo lejos aparece una mayor...—Es *Capri*... la inmortal *Caprea* de los griegos!

Penetramos en el canal que separa á *Procida* del Continente... Pronto doblaremos el *Cabo Miseno*, y descubriremos el maravilloso cuadro de que se ha dicho: *¡Vedi Napoli é poi muori!*

Los recuerdos mitológicos de cada Isla, el eco poético de cada nombre aleja de mi imaginacion todo el mundo moderno.—Entramos en la region de la Fábula; en la region frecuentada por los dioses; en el teatro de la *Eneida*...

Sale el sol..., y, como por encanto, brillan á mis ojos infinidad de pueblos, que brotan de las aguas y se reflejan en ellas.—Las Islas de color de violeta se convierten en grandes masas de flores y verdura, coronadas y ceñidas de pintorescos edificios que relucen al sol como la plata...

Hé allí *Castellamare*... Hé allí *Sorrento*... Hé allí *Meta*, *Vivo Equense*, *Torre Anunciata*... y otras poblaciones, bordando la corva ribera del mar, enlazadas unas á otras hasta formar una guirnalda ondulante de Pueblos, Quintas y Palacios, que parecen nacidos de la orla de espuma del resplandeciente golfo.

Pero ya debe de verse el *Vesubio*...—¡Oh, si. Sobre todo este cuadro se levanta, dominando los montes que aún la ocultan, una solitaria cumbre, coronada de un largo penacho de humo...—¡Es el titan de fuego!

Mas no *prestemos* bellezas á lo que tantas encierra...—Visto desde aquí, el *Vesubio* no sorprende: ni siquiera llama la atencion. El humo de la chimenea de un vapor ó de una fábrica seria mucho más vistoso...—Sin embargo, ¿quién pone freno á la imaginacion? ¡La imaginacion sabe que aquella cinta gallarda de flotante humo, coloreada por el sol de la mañana, es la respiracion del mónstruo que ha devorado tántas ciudades, y

cuyos rugidos, cuyas palpitaciones hacen temblar á esta comarca!—A mí me horroriza tanto más aquella leve enseña de un poder tan formidable, cuanto que he pasado parte de la noche leyendo á Plinio el Joven y meditando horrorizado en la destruccion de *Herculano* y de *Pompeya*: es decir; que la idea del *Vesubio* no tiene en mi imaginacion una forma amiga, sino enemiga y espantosa.—¡No, yo no vengo á admirarlo: vengo á contemplar los cadáveres de sus víctimas!

Hemos doblado el *Cabo Miseno*... Estamos dentro del Golfo...—¡Espléndido, sublime, indescriptible espectáculo!—Todavía no vemos á *Nápoles*: para ello tendremos que doblar la *Punta de Posilipo*; pero ya descubrimos, en un lado, la Bahía de *Baia*, formada por la region que lleva el nombre de *Campi phlegræi* (campos ardientes), escenario mitológico en que se encuentran la *Stigia*, el *Acheronte*, el *Cocyto*, los *Campos Eliseos*, el *Tártaro*, el *Letheo*, todo el mundo plutónico..., y, en otro lado, el vasto semicírculo trazado por la especie de Península de Salerno, donde se hallan todos los pueblos que cité antes. En medio, se ven las dos ciudades muertas, *Herculano* y *Pompeya*, y las que las han reemplazado á poca distancia, y *Pórtici*, y la *Torre del Greco*, y cien otros pueblecillos, escalonados (¡qué horror! ¡qué temeridad!) á la falda misma del *Vesubio*.

¡El *Vesubio*!...—Ya se le descubre completamente: ya impone y aterra su plomiza mole piramidal, cuya base es de lava, cuya cúspide es de ceniza, cuyo corazon es de fuego y sobre la que ondea incesantemente una columna de humo que se ennegrece ó se enrojece por intervalos.—¡Ah! yo pondré mi pié sobre tu frente, Demonio de los montes... Pero, en aquel instante, ten piedad de mí! ¡Yo quisiera recordar, durante algunos años, que hubo un día en que hollé tu cumbre incendiada, como hubo otro en que pisé las cumbres de hielo del Mont-Blanc!

Doblamos al fin la punta de *Posilipo*...

¡*Nápoles*! ¡*Nápoles*!—Hé aquí toda la ciudad, levantada en anfiteatro sobre el trasparente golfo, retratándose en él, coronada de torres, por detrás de las cuales asoman nuevas colinas, cubiertas de laureles, de vides, de naranjos y de limoneros: hé ahí la gran colmena, reclinada en escalonados montes, llenos de Jardines que festonean de flores y verdura los Palacios y las Iglesias. Aquí, en el mar, millares de barcos de todas las naciones, el histórico *Castillo dell' Ovo*, las alamedas del Muelle de *Chiaja*, los bosques de *Villa Reale*, las encantadas alturas que esconden la *Tumba de Virgilio*, el Muelle de *Santa Lucia*, el *Puerto Militar*, el *Castillo Nuevo*: allá arriba, el formidable y célebre *Castillo de San Telmo*: más allá aún la *Cartuja*, que domina toda la Ciudad...—¡Esa es *Nápoles*; la sirena *Parténope*; la cortesana griega; la antigua esclava de Aragon y de Castilla!

La capital, propiamente dicha, tiene una legua de extension de Norte á Sur y media legua de Este á Oeste; mas, comprendiendo los Barrios que de ella dependen, mide seis leguas de circunferencia.—En este espa-

cio pulula medio millon de habitantes; pero es tal la animacion, el ruido, el movimiento que se nota al entrar en el Puerto, que se creeria uno llegado á una capital de dos millones de almas.

Un sol ardiente (y estamos en enero, y son las ocho de la mañana); un aire tibio y perfumado, una mar azul y reluciente como un espejo; árboles sin cuento, verdes ó floridos, brotando por todas partes, desde la orilla del mar hasta la cima de los montes, entre las casas y sobre los templos; una alegría, una hermosura, una transparencia infinita en el cielo; una diafanidad sin igual en el ambiente; un océano de luz; una riqueza prodigiosa de colores intensos, brillantes, espléndidamente combinados, dan á *Nápoles* un aspecto riente, jubiloso, mágico, seductor, irresistible.—Al verlo, diríase que se asiste á una fiesta pagana en que los hombres y la naturaleza han confundido su regocijo, se han dado un beso de supremo deleite, se han entregado desafortadamente al goce de la vida, y se han jurado eterna juventud, perdurable primavera.

Ver á Nápoles y despues morir...—; Oh! sí: hay en este cielo; hay en este aire; hay en esta luz una superabundancia tal de vida; tal lujo de pasion, tal exuberancia, tal facundia, que el corazon se ensancha, que la sangre chispea, que las lágrimas acuden á los ojos; que se tiembla de amor á la existencia; que reconoce uno que nunca ha vivido tanto; que quisiera morir antes que volver al frio y desmayado mundo que ha cono-cido en otras partes.

No sé si es que el Volcan centuplica la vitalidad de esta comarca con sus efluvios ardientes; no sé si es que la estructura del Golfo, resguardado de todos los vientos, lo ha convertido en un refugio encantado, en el cual han establecido su imperio las rosas de abril, portadoras de la fecundidad: no sé si es que las divinidades de la antigua Grecia, los dioses protectores del amor, de la abundancia y de la hermosura, siguen considerando esta parte del mundo como su mansion favorita:—lo que puedo decir es que el aspecto de *Nápoles* y su influencia en quien lo mira hacen comprender los parasismos de felicidad, los éxtasis y los deliquios de todos los paraísos imaginados por los poetas.

III.

LA VIDA EN NÁPOLES.—LOS LAZZARONI.—IL CARRICOLO.—POZZUOLI.—LOS REINOS DE PLUTON.—PUESTA DE SOL.—UNA TRATTORIA.—EL TEATRO DE SAN CÁRLOS.

Nápoles, 17 de enero.

Si bello era *Nápoles*, visto desde el Vapor, interesante y bellissimo es despues que se salta á tierra, y arrebatador y hechicero cuando se llevan, como llevamos nosotros, cuatro dias dentro de sus muros.

Yo no conozco ciudad más alegre, más animada, más bulliciosa, más



GRUTA DE POSSILIPO EN NÁPOLES.



pintoresca. En ella todo es música, luz, colores y movimiento. La población bulle, corre, grita, gesticula, canta, reza, y se ríe incesantemente y á un tiempo mismo. El napolitano tiene mucho de griego, mucho de berberisco y mucho de andaluz.

Los muelles y las playas son unos campamentos de invierno y de verano (pues aquí no hace nunca frío), donde cien mil hombres, mujeres, viejos y niños, viven al aire libre, pescan, guisan, comen, bailan, roban, duermen y se reproducen. Algunos millares de ellos tienen una tienda en mitad de la calle; tienda que consiste en una larga mesa cubierta de exquisitas ostras, peces vivos, vistosas flores y ricas frutas.—Para dar una idea de la frugalidad de los napolitanos, baste decir que muchos *lazzaroni* se mantienen sólo con *sandía*, que es uno de los productos más abundantes del país.—*Co tre calle* (dicen) *vive, magne, é te lave á faccia*. (Por tres céntimos, bebes, comes y te lavas la cara.)—Dicho se está que una ciudad en que se vive de este modo, es sucia en grado superlativo.

Otro de los rasgos característicos de la fisonomía de *Nápoles* es el infinito número de coches (calesines en su mayor parte, llamados aquí *carricoli*, ó *carrocele*) que discurren á escape por la población, deslizándose cuatro en fondo por las empinadas calles empavesadas de lava, cruzándose en todas direcciones, sin orden ni concierto, con tanta osadía como destreza, como antiguamente los carros romanos y griegos. El temerario conductor se pone á veces de pié para dirigir la *cuadriga*, que no es tal cuadriga, sino un solo caballejo enano, que corre como un demonio, arrancando chispas del suelo. En el carruaje van frailes, mujeres, niños, garibaldinos, *lazzaroni*, (cuadruple tripulación de la que buenamente cabe); quien agarrado á un hierro, quien colgado de un tirante, quien de pié en un estribo, y casi todos gritando desafortadamente...

El escándalo es la vida, el alma, la idiosincrasia de *Nápoles*. En *Nápoles* gritan los transeúntes que van solos en medio del día por plazas y calles, y gritan... por el solo placer de oírse, porque les retoza la alegría en el cuerpo, no se por qué prurito de alterar el orden.—Otros, en vez de andar, bailan y brincan como si estuvieran picados de la tarántula.—(Y, en efecto, su baile favorito se llama la *tarantella*).—Todo el mundo canta, y todos cantan bien, cada uno por su lado, produciendo una gozosa algarabía que trastorna y aturde al forastero.—Es esto, en fin, una orgía constante, es una borrachera de júbilo y desvergüenza; es un desfreno antisocial y cínico, y no lo llamaré salvaje..., porque me acuerdo de la refinada civilización que ha producido tal escoria.

¡Oh!... sí: *Nápoles* es la heredera de la Grecia decadente y de la Roma prostituida.—Cerca de *Nápoles* está *Cápua*. Dentro de *Nápoles* está el barrio, ó, por mejor decir, la sentina llamada *Porta Capuana*. A la vista de *Nápoles* está *Pompeya*, la Sodoma del paganismo, enterrada bajo ceniza hace mil ochocientos años. *Nápoles* es el pantano del vicio. A *Nápoles* se

puede aplicar con una exactitud espantosa la descripción que Zorrilla hace de Pentápolis. Aquí pulula

Aquella muchedumbre
Que, profanando su mortal belleza.
Del vicio en la asquerosa pobredumbre
Enfangó su feroz naturaleza,
Dejándola sin freno y sin cuidado
Desbocada correr tras el pecado.

La calle principal de Nápoles, su gran *boulevard*, es la *Calle de Toledo*, llamada así, del ilustre virey don Pedro de Toledo, que la mandó abrir cuando el Reino de Nápoles era una Provincia española.—La tal calle, que no es muy ancha, y consiste en una áspera cuesta de media legua de longitud, recuerda nuestras ciudades antiguas, por el aspecto romanesco de las casas, cuyo balconaje saliente y ostentoso dá sombra á veces á escudos heráldicos de Castilla y Aragon.—Aquella via es una especie de valle ó rio, al cual descenden como arroyuelos muchas calles rectas y empinadas, dispuestas algunas en escalones.

A su comienzo, en el *Largo* (plaza) *de San Ferdinando*, se encuentra el célebre *Café de Europa*, eterno foco de conspiraciones, y centro hoy del entusiasmo y la algazara. Nunca he podido alcanzar en él un puesto, ó sea una mesa desocupada: en cambio, allí cerca, hay un *Café y Riposto* (fonda) sostenido por un reaccionario ó *borbónico*; al cual asiste muy poca gente, y donde honran, siempre que vamos, nuestra habla española, dándonos de comer muy bien.

Pero nuestro *restaurant* favorito para almorzar, es el muelle de *Santa Lucia* (en donde habitamos una casa cuyos balcones caen al mar y dan frente al *Vesubio*)...—¡El *Vesubio*! De noche, nos pasamos largos ratos contemplándolo desde aquellos balcones.—En lugar de humo, percibimos tres enormes ascuas, y de tiempo en tiempo, una llamarada de color de púrpura que ilumina el golfo.—Y es que el Volcan está en erupcion hace pocos dias, y la lava *corre*, aunque no mucho...

Ya explicaré más adelante lo que todo esto significa...

Volvamos ahora al almuerzo.

Por la mañana nos salimos á la calle, donde, como he dicho, hay un vasto mercado ó vivac; y allí almorzamos, al aire libre, higos chumbos, ostras del *Lago Fusaro* (las mejores del mundo), pescados que vemos sacar del mar y freir, y vino de Capri, aromático y generoso como los mostos andaluces.

La multitud circula en torno nuestro, sin reparar en nosotros ni en la mucha gente que almuerza de la misma manera...

Entre tanto, nosotros reparamos en que las napolitanas son feas por lo general. No así los napolitanos.

Los *lazzaroni*, medio desnudos, cantan, silvan ó vocean tendidos al sol.

Los frailes, queridísimos de la plebe, van de un lado á otro en amigable coloquio con los muchachos vagabundos, que se dan de cachetes por besarles el rosario ó la manga del hábito.

Oficiales de Garibaldi, con su vistoso uniforme, todo encarnado, corren al escape de sus corceles de guerra.—Sin duda han venido del campamento de Mola, ó vuelven á él.—¡Oh! allí se lucha de veras, y se muere que es una maravilla!

Y la naturaleza sigue sonriendo: el mar, el cielo, las Islas, las extensas riberas del golfo, la muchedumbre, el ambiente; todo respira júbilo placer.

¡Ah! esto no es la vida, sino el delirio de una ciudad.—Se diría que el *Vesubio* comunica á *Nápoles* su fiebre eterna.

Y no fuera mucho decir.—Ya sabemos que toda la ciudad está enlozada de lava: añádase que las casas están construidas en su mayor parte con piedras volcánicas. Es, pues, el *Vesubio* la vida y la materia, la celebridad y el peligro constante de la escandalosa *Parténope*.—No tiene *Nápoles* al *Vesubio*, como *Granada* á la *Alhambra*: no:—El *Vesubio* es el que tiene á *Nápoles*.—El *Volcan* es lo principal y la *Ciudad* lo accesorio.

Desde *Santa Lucia* nos vamos todas las mañanas á recorrer la ciudad, á visitar el *Museo Borbónico*, del que ya hablaré, ó á recorrer las Iglesias, los Palacios y las tiendas de coral y objetos de lava,—que son las especiales del país.

De las Iglesias, la mejor es la *Catedral*, levantada sobre el solar de dos Templos griegos, dedicado el uno á *Apolo* y el otro á *Neptuno*.—Su Altar Mayor sirve de sarcófago á *San Genaro*, Patrono é ídolo de la población.

En *Santa Clara* hemos visto las Sepulturas de muchos Reyes de *Nápoles*, algunas de ellas de gran mérito artístico.

Pero ¡cuánto más nos han interesado los Sepulcros de los Príncipes y Princesas de *Aragón* que encierra la sacristía de *Santo Domingo*!—Allí hemos saludado también el mausoleo del célebre *Marqués de Pescara*, que está representado con hábito de franciscano.

Asimismo han llamado nuestra atención *San Felipe Neri*, por su lujoso y exquisito decorado;—*San Francisco de Paula*, imitación del *Pantheon* de *Roma*:—*Santiago de los Españoles*, por su nombre, y por haberla construido el citado don *Pedro de Toledo*, cuya magnífica Tumba allí se admira,—y *Monte Oliveto*, antiguo convento, donde el *Tasso* escribió parte de la *Gerusalemme*.

El *Palacio Real*, debido al *Virey* español *Conde de Lemos* (el *Mecenas* de *Cervantes*), es uno de los más grandes y bellos de *Europa*.—Hoy lo habita el Príncipe de *Carignan*, *Luogo-tenente* de *Nápoles* en nombre de *Víctor Manuel*.

Después de estas excursiones, que se prolongan hasta las dos de la tarde, emprendemos nuestro paseo, que suele ser á caballo.

Y ora vamos á *Villa Reale* (que es, como si dijéramos, la *Fuente Castellana* ó el *Prado* de Nápoles), á donde acuden todos los carruajes aristocráticos, tripulados por elegantes damas, y centenares de ginetes, muchos de ellos oficiales voluntarios de Garibaldi; ora vamos á la *Cartuja de San Martín*, situada en una altura que domina toda la ciudad; ora á *Pozzuoli*, ó cuando ménos á *Bagnoli*...

En la *Cartuja*, que es lujosísima y bella, hemos encontrado un monje español. Allí hemos admirado muchas pinturas de nuestro *Ribera* (gloria de la Escuela Napolitana, como todo el mundo sabe) y, sobre todo, su famoso cuadro de la *Deposición de la Cruz*. Allí, finalmente, hemos pasado largas horas contemplando el maravilloso panorama, sin igual en el mundo, de la Ciudad, las Islas, el Golfo, las Montañas, el Volcan y el Mar Tirreno...; todo ello encerrado en una sola mirada.

El paseo á *Pozzuoli* es mucho más interesante, siquier más largo.

Se sale de Nápoles, atravesando el *Muelle de Chiaja*, con dirección al Promontorio de *Posilipo*, perforado por la célebre gruta del mismo nombre, que pone en comunicacion el Golfo de Nápoles con el de *Pozzuoli*.

Antes de entrar en la *Gruta*, subís á visitar la *Tumba de Virgilio*, de la cual sólo queda el sitio, que es el mismo en que el poeta tuvo una *villa* en que escribió sus Eglogas y sus Geórgicas.—El laurel plantado por Petrarca en aquella gloriosa ruina, desapareció á fines del siglo pasado, y el que hoy lo ha sustituido, plantado por Casimiro Delavigne, desaparecerá también, á causa de la costumbre que tienen, ó tenemos, todos los viajeros de arrancarle una hoja á cada visita.

La *Gruta de Posilipo* es una especie de túnel abierto en lodo volcánico, sólido y compacto como la piedra. Su longitud es de quinientos metros, por cinco de latitud y diez y nueve de altura. De día y de noche la iluminan turbios reverberos, que apenas sirven para que se vean y se eviten los muchos carruajes que van y vienen por aquella pavorosa galería.—La primera perforacion data de los tiempos de Augusto, y se ensanchó y perfeccionó, tal como hoy se halla, en el reinado de Alfonso I de Aragon.

Al salir de aquel camino misterioso, encuéntrase uno en los *Campos Ardientes*, que ya he citado; region volcánica, llena de cráteres mal apagados, que ofrecen una variedad infinita de fenómenos plutónicos.—Aquel es el Infierno pagano.—Allí hay lagos que se llamaban la *Stigia* (hoy *Averno*), el *Cocito* (hoy *Lecrino*), el *Tártaro* (hoy *Mar Mucrto*), el *Lelheo* (hoy *Fusaro*), los cuales encierran (además de recuerdos inmortales, por lo que influyeron en la imaginacion de Virgilio, que paseó por todos ellos á Eneas) las mejores ostras del mundo:— y no soy yo quien lo dice, sino Martial.—Allí se encuentra la famosa *Gruta del Perro*, llamada así por la prueba que se hace con un pobre animal, de que es imposible permanecer largo rato en ella, á causa del gas de ácido carbónico que despidе la tierra.—Allí veis la *Solfatara*, volcan no apagado todavía, cuya

última erupción fué en el siglo XII. Todavía arroja humo: todavía está caliente la tierra en sus alrededores: todavía, si abris un pequeño agujero en el suelo y soplais, producís fuego.—Allí encontrais el cráter de *Astroni*, del que sólo quedan tres lagos, rodeados de árboles sombríos.—Y allí, en fin, visitais el *Anfiteatro de Pozzuoli*, que nunca se borrará de mi memoria...

Desde sus nobles ruinas se alcanza un gran horizonte de mar, hasta Cabo Miseno.—En frente se ven las ruinas de *Baia*, inmensa, rica, hermosa ciudad de los tiempos clásicos, aniquilada por los terremotos; *Cumas*, la ilustre *Cumas*, la ciudad más antigua de Italia, borrada casi de la faz de la tierra; el *Templo de las Ninfas*, con sus columnas sumergidas en el mar; y otros muchos Templos y otras muchas Ciudades, todo convertido en escombros por las sacudidas que acompañan siempre á las erupciones del Vesubio.

El *Anfiteatro de Pozzuoli* está más vivo que el de Roma. Ni un saqueo sistemático de sus materiales ni una restauración mezquina han venido todavía á quitarle el aire de autenticidad que ofrecen sus escombros. Todo se halla como quedó despues del temblor de tierra que lo hizo pedazos: columnas rotas é inmensos capiteles bellísimos encuéntranse acá y allá, vueltos del revés, clavados en la arena, ó enterrados bajo las bóvedas que se hundieron...

Desde lo alto del graderío he visto el espectáculo eterno; el mismo que contemplarian los antiguos romanos cuando venian á esta region á descansar del gobierno del mundo: el mar, el cielo, la costa azulada, tapizada de árboles y flores y sembrada de mármoles que reverberaban al sol..., y allá, á lo léjos, la nave gala ó íbera que se perdía en el horizonte!—Sólo ha cambiado hoy el destino de los pueblos. Hoy no es Italia la señora de las Galias y de España: hoy es la presa que se disputan sus vasallos de otro tiempo.

La vuelta á *Nápoles*, despues de esta excursión, que he hecho ya tres veces, proporciona un espectáculo tan sublime, tan conmovedor, tan bello y tan solemne, que nadie que lo haya contemplado, dejará de recordarlo toda su vida...

Mirad... Regresamos de *Pozzuoli*, no por la *Gruta*, sino por la orilla del mar, girando en torno del Promontorio de Posilipo, por un elevado camino tallado en las acantiladas rocas.

Empieza á declinar la tarde. El sol se pone en lo último del Mediterráneo...—¡Todavía lo verán durante una hora en nuestra adorada España!...

Ya hemos llegado á la misma *Punta de Posilipo*. Desde aqui se descubre juntamente la region mitológica que acabamos de abandonar, y todo el Golfo de Nápoles, la Ciudad, las Islas, el Vesubio y las Ciudades sucesivas que bordan la orilla de la península de Sorrento.

Este es el *Nápoles* descrito por Lamartine en *Graziella*: el Nápoles

que hay que ver para despues morir...—¡Qué cielo! ¡qué mar! ¡qué magestuoso silencio! ¡qué extática inmovilidad de las olas!—No corre ni un leve soplo de brisa: el humo del Volcan, enrojecido por el sol poniente, se levanta á una altura inconmensurable, como una pluma descomunal de color de escarlata. Los cristales de la poblacion brillan como el fuego. El mar se halla tan dormido, que los barquichuelos, las casas y las peñas se repiten en él, dibujando en el seno del golfo otra ciudad submarina.—¡Es la Sirena Partenope que sonrie desde el fondo de las olas!—En otros lados la quietud del agua es tal, que en su unida y trasparente superficie de color de leche se dibujan manchas y franjas oscuras, indicando las corrientes de lo hondo...—¡Parece una dilatada piel de pantera, extendida á los pies de la ciudad!

Del abrigado Puerto salen en este instante ocho ó diez Vapores en direcciones diversas, dejando en el apacible golfo largas estelas de cristal y aljófar, que parecen dulces recuerdos y tiernos saludos de los que abandonan esta mansion de delicias.—Yo sigo con la vista las embarcaciones que se alejan hácia Occidente, hácia la madre España...—Las aves, cerniéndose como puntos negros en el fondo de oro del horizonte, sobre la intensa luz crepuscular, parece como que acompañan á aquellos buques, cuyo alto velámen, hinchado por las brisas de alta mar, se destaca todo entero, y fantásticamente agigantado, en el último término del espacio indefinido...—¡Oh momento!

Todos los que han salido de *Nápoles* ó vuelven de *Bagnoli* por este camino, han hecho alto como nosotros en un elevado balcon que domina tan grandioso panorama. Las damas, reclinadas en sus carruajes; los ginetes, inmóviles en las sillas; los que han venido á pié, reclinados en las peñas, todos callan. La sublimidad de esta hora patética, embarga, electriza los corazones. ¡Cuánta vida y cuánto silencio!—Diríase que se asiste, como á una tragedia, á la muerte de tan hermoso dia.

¡Oh! sí: el momento es agosto: la naturaleza, suspensa, pasmada de su propia hermosura, se complace en prolongar estos dulcísimos instantes. Creeríase que el tiempo se ha parado, condensándose y resumiéndose en una sola hora. Todos los siglos muertos, y los futuros, palpitan confundidos en la belleza eterna de la creacion. La melancolia de nuestra rápida existencia da lugar á un inefable gozo, cuya verdadera expresion se encuentra en la frase proverbial: *Ver á Nápoles, y despues morir*...—Y, en efecto: ¿qué nos importa morir, si hemos vivido cuanto puede virirse: si hemos gustado en un solo instante todas las delicias de la tierra?

No bien se oculta el sol, todos respiramos á un tiempo; todos levanta mos la cabeza; todos tenemos los ojos humedecidos.

Ha cesado el silencio: pónense en movimiento carruajes y ginetes: renace la conversacion...—Hemos vuelto á nuestra pobre vida humana.

Entre tanto, una sombra súbita, rápida, instantánea, ennegrece todo el cuadro que hace un minuto reflejaba destellos y colores.

Diríase que el tiempo apresura el paso, á fin de ganar los momentos perdidos durante su involuntario éxtasis.

Despues de estos paseos, el alma embelesada quedarendida de su larga tension armónica con la belleza universal, y pide á gritos emociones más limitadas, goces más leves.—El mismo *Fausto* se parece algunos ratos á su discípulo Wagner.

Es, pues, el momento de volver á *Nápoles* á todo el correr de los caballos, y de apearse á la puerta de la *Trattoria de Petrillo*, famosa si las hay.

Allí encontramos un animado concurso de Oficiales de la Milicia Nacional del Piemonte (encargada de guarnecer á Nápoles, en tanto que el Ejército lucha contra Gaeta), y una infinidad de garibaldinos, que cantan himnos patrióticos, llevando el compás con los cuchillos en las copas y en los vasos. Y allí nos esperan las exquisitas ostras del *Lago Fusaro* (que acabamos de visitar), servidas por el mismo marinero que las cogió esta tarde; el cual es cojo y bello como un verdadero Lucifer.

Hánle encojado en la última guerra, allá en Sicilia, á donde fué como voluntario de Garibaldi, á pesar de sus diez y siete años.—¡Oh! ¿quién te mandó dejar tu pacífica arena por la otra ensangrentada? ¿Serías ménos ilustre; pero no llevarias toda tu vida esa reacia pata de palo!

El vino de Capri le va muy bien á las ostras, y los higos de Ischia se dejan atrás á los de Smirna, aunque á la verdad nó les llegan á los de Turon. En cuanto á las nueces de Sora, no tienen igual en mis recuerdos.

Pero lo más notable de todo es el limon que exprimimos sobre las ostras: su perfume no desaparece de la mano en muchas horas...—¡Bendita tierra, donde (como dijo lord Byron de otra que no debo nombrar) *todo es bello... menos el espíritu del hombre!*

Al reflexionar acerca de los espantosos vicios, pregonados en voz alta como mercancías, de los abyectos moradores de esta ciudad inicua y deliciosa, me acuerdo naturalmente del *Vesubio*, azote levantado sobre Nápoles y que lo castiga con frecuencia; y, al acordarme del *Vesubio*, me estremezco de ansiedad, de alegría, de miedo y de esperanza al pensar que mañana saldremos para *Pompeya*, desde donde subiremos á la cús-pide misma del volcan, al borde mismo del cráter...

Pero, antes, ya que hemos comido, bueno será que vayamos al gran *Teatro de San Cárlos*, donde se estrena no sé qué ópera de Verdi.

El *Teatro Reale di San Carlo* es el mejor de Europa, al decir de todos los viajeros. Sus dos rivales son el de la *Scala* de Milan y el *Teatro Real* de Madrid.—El teatro de la *Scala* es un poco mayor, pero no tan lujoso en la ornamentacion de la sala, ni tan rico en trajes y decoraciones como el coliseo napolitano. El de Madrid lo aventaja solamente por la comodidad que ofrece al público y por aquel aire severo y magestuoso de que ya hablamos en Milan.

El *Teatro de San Carlos*, obra de nuestro insigne Carlos III (que, como todo el mundo sabe, reinó en Nápoles quince años, antes de ser Rey de España), contiene seis órdenes de treinta y dos palcos, en cada uno de los cuales caben doce personas.—El público que encuentro en él es elegante y distinguido, y bastante circunspecto para una ciudad tan bulliciosa.—Aquí veo algunas napolitanas hermosas (cosa rara) y muchas extranjeras celestiales.

Los barrios principales de Nápoles tienen alumbrado de gas; pero el *Teatro* se halla iluminado con aceite, lo cual se explica por el miedo que el penúltimo Rey tenía á los incendios.—Y aquí necesito advertir que el *Teatro* y el *Palacio Real* están enlazados por una galería.

Otro defecto del *Teatro de San Carlos* consiste en que al final de la Sala hay, como en todos los demás de Italia, un gran espacio sin asientos en que se apiña la turba multa.

La nueva ópera de Verdi se titula la *Batalla de Legnano*, y, por consiguiente, es de circunstancias. Trátase en ella de la *Liga lombarda* contra los Austriacos.

A pesar de esta recomendación, ha sido silbada, y con suficiente motivo.

Durante la representación, ha habido siempre dos centinelas entre bastidores.—Es una antigua costumbre, establecida por la casa de Borbon.

El baile nos indemniza en cierto modo de la ópera.—La *Boschetti* es una verdadera sílfide, y las decoraciones y los trajes exceden á todo elogio.

Por lo demás, las bailarinas no sacan ya pantalones verdes como en tiempo de los Borbones...—Pero no lo lamenteis por el pudor público. Aquellos pantalones no impedían que Nápoles fuese, entónces como ahora, el pueblo más cínico y sensual de la tierra: aquellos pantalones eran una irrisión, un sarcasmo.

También se ha abolido últimamente otra costumbre, aún más donosa, que consistía en no permitir el día del Rey á ningun actor morir en escena.—¡La Gracia Real lo perdonaba!—Entre tanto, eran ahorcados y fusilados de veras, no ficticiamente, millares de reos políticos, por orden del clementísimo Fernando II.

Después de la función, bajo al *Café del Teatro*, donde llama mi atención un hombre hermosísimo, vestido con túnica blanca, botas, sable, y turbante de astracán.—Pregunto á mi antiguo y excelente amigo el Cónsul de España en Nápoles, don Carlos Morejon, quién es aquel extraño personaje, y me responde que es el *criado armenio* de Alejandro Dumas.

Porque Alejandro Dumas está en Nápoles, escribiendo un periódico en defensa de la unidad italiana...

Pero hélo aquí, que viene á refrescar.—Su criado no había hecho más que precederle, á fin de prepararle el triunfo.

Todo el mundo se pone á contemplar al insigne autor de *Los Mosqueteros*.

¡Salud á mi novelista favorito de la edad de los sueños y de las ilusiones!

Y vámonos á casa; que mañana tenemos que madrugar.

IV.

EL MUSEO BORBÓNICO.

Nápoles, 18 de Enero, por la mañana.

Antes de emprender nuestra excursion á *Pompeya*, para donde saldremos dentro de dos horas, bueno será recordar de nuevo, y con algunos pormenores, la gran catástrofe, sin igual en el mundo (si se exceptúa la que aniquiló á Sodoma, Gomorra, Seboin, Segor y Adama), que acabó en un dia con aquella grande, rica y populosa Ciudad, fama y orgullo de la Campania, y uno de los retiros predilectos de los más ilustres romanos.

Oigamos primero á un testigo presencial: á *Plinio el Joven*.

Plinio el Joven tenia 18 años el 79 de nuestra Era, cuando se verificó la espantosa erupcion del *Vesubio* que destruyó á *Pompeya*, *Herculano* y *Stavie*.—Hallábase en Miseno, antigua ciudad, situada á tres leguas de Nápoles, delante de la cual estaba anclada una escuadra mandada por su ilustre tío y padre adoptivo, *Plinio el Naturalista*.—La madre de aquel y hermana de éste llamó la atencion del sabio anciano sobre una rara nube que coronaba el *Vesubio*, y Plinio, adivinando un fenómeno plutónico extraordinario, hizo preparar un buque y se dirigió al pié del volcan, á la ciudad de *Stavie*, donde desembarcó, sin reparar en las cenizas y piedras calcinadas que caian ya sobre el barco y sobre todas las cercanías.—en *Stavie*, cuyo último dia era aquel, tranquilizó á su amigo Pomponiano, se hizo conducir al baño y comió tranquila y alegremente.

«*En seguida* (dice Plinio el Joven en una carta al insigne Tácito, l. VI, 16), *se acostó y durmió profundamente, pues desde la puerta se oia el ruido de su respiracion... Sin embargo, el patio por donde se entraba en su aposento empezaba á llenarse de piedras y cenizas, de tal manera que á poco más que hubiera permanecido encerrado, no habria podido salir. Despertósele, salió y fué á reunirse con Pomponiano y los demás que habian velado su sueño. Una vez juntos, deliberaron sobre si debian encerrarse en la casa ó vagar por el campo, y viendo que todas las casas estaban cuarteadas por los violentos y frecuentes temblores de tierra... se ataron unas almohadas sobre la cabeza para defenderse de las piedras que caian, y salieron. El dia empezaba á amanecer; pero en torno de ellos reinaba la más sombría y densa noche, interrumpida por diversas claridades. Llegaron á la playa: el mar estaba tempestuoso y les impedia*

reembarcarse. Allí mi tío se acostó sobre una manta extendida en el suelo, pidió agua fría y bebió dos veces. Pronto las llamas y un olor á azufre que anunciaba su proximidad pusieron en fuga á todo el mundo y obligaron á mi tío á levantarse. Alzóse, apoyado sobre dos esclavos jóvenes, y en el mismo instante, cayó muerto, sofocado, á lo que yo imagino, por aquella espesa humareda. Su pecho era naturalmente débil, estrecho y anhelante. Cuando apareció la luz (tres dias despues del que habia sido el último para mi tío), hallóse su cuerpo entero [y sin heridas... Su actitud era la del sueño, más bien que la de la muerte.]»

En cuanto á Plinio el Joven, se habia quedado en Miseno, retenido por sus estudios.—Su madre despertó sobresaltada por la violencia del terremoto y corrió á la habitacion de su hijo. Sentáronse juntos, y el mancebo se puso á leer á Tito Livio.—Pero las sacudidas continuaban, y la casa se les venia encima.—Huyeron pues, al campo...

»*La playa se habia ensanchado (dice Plinio en otra carta al mismo Tácito, que le habia pedido pormenores del cataclismo para sus ANALES): muchos pescados estaban en seco sobre la arena; una nube negra y horrible se entreabria á veces, desgarrada por los surcos de las llamas, semejantes á relámpagos... Esta nube bajóse hasta la tierra, cubrió la mar, robó á nuestros ojos la isla de Caprea y nos ocultó la vista del promontorio de Miseno... A mi me sostenia este pensamiento triste y CONSOLADOR á la vez: QUE TODO EL UNIVERSO PERECIA CONMIGO.»*

¡Durante este cataclismo, *Pompeya* habia desaparecido de la faz de la tierra!

En el momento de la erupcion hallábase reunido el pueblo en el Anfiteatro, que podia contener 20,000 personas; lo cual explica el escaso número de esqueletos que se encuentra hoy en las escavaciones.—Se cree que la poblacion huyó hácia Levante.—En medio de repetidos temblores de tierra, de espantosos truenos y de inmensas llamaradas del volcan, empezó á caer sobre *Pompeya* una lluvia tan densa de cenizas y de agua caliente, que en pocas horas la Ciudad habia desaparecido (sin hundirse otra cosa que los techos) bajo una capa de lodo volcánico que se levantó más de cuatro metros sobre los mayores edificios.

Los errantes pompeyanos volvieron á los pocos dias; hicieron algunas escavaciones en busca de sus tesoros, y fundaron á pocas leguas de la difunta Ciudad una pobre Aldea, que tambien llamaron *Pompeya*, la cual fue destruida á su vez por otra erupcion al cabo de cuatrocientos años.

Las grandes mudanzas que por entonces experimentó el mundo, con la propaganda del Cristianismo, la invasion de los Bárbaros, el fin de la Gentilidad y la caída del Imperio Romano, sumieron en el olvido aquel acontecimiento, y nadie se acordó ya de *Pompeya*: nadie pensó en determinar su antigua situacion, ni en levantar el sudario que la cubria...

¡Así pasaron diez y siete siglos desde la destruccion de *Pompeya*!

Durante ellos, una sola vez pudo ser exhumada casualmente la Ciudad

y fue en 1592, cuando se abrió un Canal por encima de ella para llevar las aguas del Sarno á *Torre Anunciata*, aldea levantada á muy poca distancia del trágico escenario...—Pero nada se descubrió, á pesar de que el Canal cruzaba sobre el *Foro* y sobre el *Templo de Venus*...

Finalmente, el año de 1748, reinando aquí nuestro Cárlos III, unos campesinos hicieron un hoyo, en busca de agua, en los viñedos que cubrían toda la ciudad, y descubrieron algunos objetos de arte.—Esto movió la curiosidad del Rey: estudióse, investigóse, compulsáronse datos, y ya no cupo duda de que *Pompeya* existía entera debajo de aquellas viñas.—Las excavaciones confirmaron y excedieron todos los cálculos: la ceniza, aunque muy endurecida por los siglos, se levantaba fácilmente: *Pompeya* se encontraba intacta: los objetos más perecederos se habían conservado prodigiosamente.—La antigüedad pagana brotaba, pues, de la tierra, viva, auténtica, fehaciente, como si la evocase la trompeta del Juicio Final!

Pero Cárlos III se fué á reinar á España, y sus sucesores no dedicaron á las excavaciones la atención preferente que merecían.—Murat las emprendió en gran escala; pero después de Murat vino otra vez la dinastía de Borbon, y con ella la indiferencia á una empresa tan interesante.—Baste decir, que el último Rey le destinaba solamente cinco mil duros anuales.—Así es que, después de haber pasado más de un siglo desde la resurrección de *Pompeya*, sólo se ha descubierto hasta hoy la quinta parte de la ciudad, permaneciendo todavía el resto bajo su abrumadora mortaja.

Hé aquí lo que vamos á ver; pero, antes, no estará de más que recordemos asimismo las visitas que hemos hecho al *Museo Borbónico* de Nápoles, construido también por Cárlos III con el exclusivo objeto de recoger y coleccionar todos los objetos curiosos ó de arte que se fuesen encontrando en *Pompeya*.

El *Museo Borbónico* es notabilísimo, aún para los que han visitado el Vaticano y los de Florencia. Como edificio, llama la atención por su magnitud y buena distribución. Por su riqueza histórica y artística, no tiene igual en el mundo.—Y es que los objetos que encierra el *Museo Borbónico* interesan más íntimamente que los guardados en los demás: aquí todo tiene el polvo del tiempo, la verdad de la vida, la realidad ó la actualidad del ser.

Imposible fuera enumerar los mosaicos, las pinturas murales, las estatuas de mármol y de bronce, las inscripciones, los bajo-relieves, los vasos, los *papyrus*, los muebles, las ropas, las alhajas, las monedas, las medallas, los instrumentos que guardan aquellos armarios.—Yo citaré al acaso los objetos que más han cautivado mi atención.

Empezaré por lo último: empezaré por el *Museo Secreto*, cerrado y sellado por Pio IX cuando visitó á Nápoles, y abierto hoy á los que tienen ciertas recomendaciones.—Allí se ve con horror y asco la explicación

providencial de la destruccion de *Pompeya*: allí el mármol y el bronce, el hierro y el barro, maravillosamente trabajados por el arte, representan toda la vileza de los más inmundos placeres, no sólo en estatuas, frescos y relieves, sino en los útiles de la vida doméstica; en ánforas, vasos, tinteros, lámparas, pesos, herramientas... hasta en los adornos de la persona...— ¡Cómo se revelan allí la Nápoles griega, la Nápoles romana y la Nápoles de nuestros días!...

Ningun celito entre ellos era nuevo...

dice en su famosa *octava* de *nueve* versos nuestro inspirado Zorrilla, hablando de Pentápolis.—Yo añadiré, como él:

..... Mas tente ¡oh pluma! que en maldad te tiño
Y á llevarte adelante no me atrevo;
Que á lo que el mismo Dios volvió sus ojos,
Diera en mi voz al universo enojos.

Citaré, sí, la *Sala de Pinturas antiguas*, que pasan de mil seiscientas, y son frescos trasladados de las casas de los pompeyanos.—El dibujo no ha llegado, ni en los tiempos de Rafael, al extremo de gracia y perfeccion que revelan aquellas figuras ó los adornos y caprichos decorativos que allí se admiran.—Todos conocen por el grabado (y sirva esto de muestra) las *Trece Bailarinas* cuyos originales allí se guardan... ¡A este tenor es todo lo que aquella Sala encierra!

En un armario de cristales se conserva una endurecida masa de las cenizas que rodearon el cuerpo de una mujer, en las cuales quedaron impresas las ámplias y bellas formas de su seno y de sus hombros.—Aquel espantoso molde se encontró en la bodega de una casa de *Pompeya*.

En el mismo armario se ve el cráneo, todavía con pelo, de aquella desgraciada; un hueso de uno de sus brazos, y las alhajas de oro que la adornaban en el momento de la catástrofe...

En otras Salas encontrareis todos los enseres, todos los objetos que figuraban en la vida de la poblacion pompeyana, conservados tan perfectamente, que no podeis comprender que cuenten mil ochocientos años de fecha.—Allí admirais el grado de civilizacion á que habian llegado los Antiguos, y sobre todo, la semejanza de sus invenciones con las nuestras: allí aparecen sus costumbres con los más nimios pormenores: allí veis pesos, medidas, lámparas, pebeteros, objetos de tocador, arneses, carros de triunfo, todo de una suprema elegancia, que hoy pugnan por imitar los artífices de Italia, Francia y Alemania: allí hay moldes para hacer pasteles, parrillas para asar la carne, herramientas de todos los oficios; camas, sillas, corazas, lanzas, espadas, dedales, husos; un casco que encierra el cráneo de su dueño; hornillos portátiles, cocinas económicas; alhajas y adornos femeninos de tan exquisito gusto, que hoy sirven de modelo á los plateros de París y Roma; instrumentos de cirugía iguales á los que en nuestros días han merecido privilegios de invencion por su



MOLINO Y HORNO EN POMPEYA.



perfeccion y utilidad (*speculum*, *forceps*, *fibula*, sondas, escalpelos); compases (uno de ellos para reducir); un peso de plomo con una inscripcion por un lado, que dice: *eme*, y otra por el otro, que dice: *habebis*; una balanza *verificada* ó contrastada en el Capitolio, segun su marca; tinteros, *stylos*, tabletas de marfil, plumas de madera de cedro, estuches de plumas; trompetas, clarines, timbales, clarinetes; y (¡lo que es más todavía!) trigo, frutos, pan, heces de vino y aceite, y, en una cacerola, restos de un guisado en que se ha reconocido la *polenta*, que llamamos ahora.

—Entre los objetos de tocador, vereis espejos de metal, botes con cosméticos, cajitas de colorete, broches, peines, agujas, tijeras.—Tambien encontrareis billetes de teatro, que son unos pedacitos de marfil, donde se ve el título de la comedia, el nombre del autor y el número de la localidad: «*La Casina de Plauto* (dice uno de ellos): 2.^a *platea*: 3.^{er} *rincon*: *grada 8.^a*»

—En compensacion, veis un cepo de hierro, encontrado en un cuerpo de guardia, con cuatro esqueletos cogidos por los pies; y cierto esqueleto con una bolsa en la mano (¡tremenda imágen de la avaricia!), que me ha hecho imaginar mil fantásticos horrores.

Lo más trascendental que encierra el *Museo Borbónico* son los *papyrus* encontrados en *Herculano* (cuya destruccion fué más definitiva que la de *Pompeya*, pues lo inundó y cubrió una inmensa ola de cierto betun parecido á lava hirviente).—Los *papyrus* arrollados, que constituian los libros de los Antiguos, fueron, pues, carbonizados completamente, á tal punto, que al principio se les tomó por carbon ó cisco, y eran destruidos sin reparo alguno.—Despues se vino en conocimiento de que aquellas pavesas guardaban la ciencia y la literatura de la Gentilidad; de que aquellos carbones encerraban el diamante... Empero ¡imposible leer los *papyrus*, imposible desliarlos, imposible tocarles!...—Se deshacian como ceniza.

Mas ¿qué no vence una voluntad constante?—Un sabio religioso, el padre Antonio Piaggi, encontró el medio de desarrollar las pavesas ennegrecidas, de fijarlas sobre una ténue membrana trasparente, y de leer lo escrito!—Yo he visto funcionar tan ingenioso aparato...—¡Ay! pero al mismo tiempo he sabido que no se ha descifrado hasta ahora ningun libro de verdadera importancia.—Los once gruesos volúmenes que van publicados son comentarios sobre filósofos conocidos, ó historias de guerras mejor contadas por los autores clásicos.—Sin embargo, quedan 1,300 *papyrus* por desarrollar... ¡Quién sabe si esconderán algun tesoro, alguna de las obras maestras de que nos habla la fama y cuyo texto no ha llegado á nuestros dias!

En *Pompeya* no se han encontrado hasta hoy *papyrus*.—Tal vez la ceniza y el agua los destruyeron.

En cuanto á las obras de arte que se admiran en el *Museo Borbónico*, me limitaré á nombrar las principales, que en mi concepto son: el famoso *Gladiador moribundo*,—*Ganimedes y el Aguila*,—la *Minerva Farnesio*,—*Agripina* sentada, llorando la muerte de Germánico,—la célebre *Flora*

ó Venus vestida,—*Atlas*, sosteniendo el cielo,—el *Grupo del Toro Farnesio*, maravilla del cincel griego, de una sola pieza de mármol,—y, sobre todo, me complaceré en recordar (como uno de los mayores prodigios artísticos que he contemplado) el *Hércules Farnesio*, (obra de Glycon de Atenas, gigantesca estatua en que el artista ha representado la fuerza de dos maneras, á cual más ingeniosa: primera, poniendo al musculoso gigante una cabeza pequeña, estrecha, que recuerda vagamente la de un toro; y segunda, haciendo que la figura tenga que apoyarse para no caer...—¡Idea felicísima! ¡confundir el *peso* con la *fuerza*!

Entre los muchos y muy buenos cuadros que encierra tambien el *Museo*, citaré la impúdica y renombrada *Danae* de Ticiano, la cual se halla en otro *gabinete secreto*,—una Virgen de *Correggio*, modelo de gracia, llamada la *Gitanilla*,—y un *San Gerónimo*, que despierta al són de la trompeta del Juicio final é invoca la clemencia de Dios, obra magistral de nuestro inspirado Ribera...

Pero nosotros no hemos recordado el *Museo Borbónico* con otro objeto que el de disponer el ánimo para nuestra excursion á *Pompeya*, al *Vesubio* y á *Herculano*.—Ya hemos visto los despojos de las víctimas del volcan... Partamos ahora, y contemplemos los cadáveres de ambas ciudades y el fantasma de fuego que se enseñorea sobre un mundo de ceniza. . . .

V.

UN DIA EN POMPEYA.

18 de enero.

Son las nueve de la mañana cuando salimos de *Nápoles*, de donde arranca un modesto ferro-carril, que se dirige á Nocera por la orilla del mar, y que pasa por delante de *Pompeya*.

A los pocos minutos de marcha llegamos á *Portici*, Sitio Real, lleno de preciosas Casas de campo, y cuyo famoso *Palacio* es tambien obra de Cárlos III.

No podemos detenernos á visitarlo...—Nuestro viaje es á *Pompeya*, y nada más que á *Pompeya*!

Hace una mañana hermosísima.—Seguimos avanzando hácia el *Vesubio*...

Hé aquí á *Resina*, ciudad de 10,000 habitantes.

Debajo de ella se encuentra *Herculano*, cuyas ruinas, abrumadas por una inmensa mole de betunes, no alumbrará jamás la luz del cielo.

Ya volveremos.—Continuemos nuestra marcha.

Pasamos al pié del Volcan, á media legua de su cima, siempre por la playa...

Inmóviles rios de lava antigua penden, por decirlo así, desde el gi-

gante al mar, al modo de colosales y retorcidas cabelleras.—Me recuerdan los *glaciers* de Suiza.—Como ellos, cada una de estas corrientes solidificadas tiene su fecha: *Lava de 1767: lava de 1794: lava de 1806...*—Son monumentos de horror, fabricados por la naturaleza.

Generalmente se sube desde aquí al *Vesubio*; pero nosotros haremos la ascension grande, la completa, la dificil, la espantosa:—¡Subiremos desde *Pompeya*; cruzaremos la cumbre del Volcan, y descenderemos casi verticalmente á la region de las lavas!

Adelante, pues...

Estamos en *Torre del Greco*, ciudad de 16,000 habitantes, muchas veces destruida por los terremotos y siempre reedificada sobre el mismo lugar.

¡Tal es la temeridad del hombre! ¡Asi se acomoda, en cualquier proporcion que sea, á la contingencia infalible de la muerte!

—Nadie es inmortal (dirá el morador de las faldas del *Vesubio*), y esta comarca es la más fértil del mundo: ¿á qué marcharme á otra region ménos peligrosa, si al cabo moriré tambjen en ella?

Y tiene razon: los alrededores del Volcan son verdaderos paraísos: ¡hasta sobre la misma lava crecen las renombradas cepas que producen el *lacryma Christi*!

Por lo demás, la catástrofe avisa con algunos dias de anticipacion. Cuando las fuentes y los pozos se secan, y los reptiles salen espantados ó abrasados de sus madrigueras, y la actividad del cráter aumenta extraordinariamente, y el humo se levanta á una legua de altura, tomando la forma de un gigantesco pino, la erupcion es indudable...—Entonces la poblacion abandona todas estas ciudades; y, si al regresar á ellas las encuentra arruinadas, las vuelve á edificar muy tranquilamente..., y en paz!

Ahora: lo que no comprendo es que haya un polvorin, como lo hay, á dos kilómetros del cráter, encima de *Torre Anunciata*!

Porque ya estamos en *Torre Anunciata*, ciudad de 16,000 almas, que ha reemplazado á *Pompeya*, por más que medien tres millas entre ambos pueblos.

Hé aquí la explicacion de este aparente contrasentido: *Pompeya* era puerto de mar; pero las materias volcánicas, y acaso tambien los terremotos, han interpuesto una legua de terreno entre las olas y el antiguo puerto. Ha quedado, pues, *Pompeya* retirada tierra adentro, y en el nuevo espacio robado á las ondas se ha edificado á *Torre Anunciata*, cuyo Puerto hace las veces del pompeyano.

Sin embargo, no nos apeamos en su Estacion, sino que caminamos algunos minutos más, y otra Estacion solitaria aparece á nuestra vista.

El tren se para otra vez.

—¡*Pompeya!*—gritan los empleados del ferro-carril.

«*POMPEYA,*» —se lee en la pared de la *Estacion*.

Y á poca distancia se descubren unas Murallas derruidas...

¿Qué resurreccion es esta? ¡Lo mismo habria sucedido si *Pompeya* no

hubiese muerto! ¡La ciudad-cadáver tiene su Estacion de camino de hierro! ¡La ciudad enterrada durante diez y ocho siglos se coloca de un solo paso á la altura de nuestra civilizacion!—¡Espantosa ironía!

Así es que, al oír gritar « ¡*Pompeya!* » entre los silbidos de la máquina, pareceme que acaban de decir en tono de burla: ¡*Surgite mortui!*

Nadie acude de la capital difunta en busca de este tren, que ya pifa de impaciencia por continuar su camino.

Nadie tampoco se apea aquí al mismo tiempo que Dióscoro y yo.

Nosotros somos los únicos viajeros que han venido hoy á *Pompeya*.

Pero nadie sale á recibirnos: nadie se asoma á aquellos ruinosos muros.

El silencio de los sepuleros reina en toda la comarca.

Parte al fin el tren, y se aleja en busca de la vida y llevándola en su seno.

Nosotros nos quedamos á solas con la muerte.

Pero, ¿qué es lo que vemos?—Allá, lejos, cerca de la muralla, se descubre un edificio aislado, elegante, modernísimo, sobre cuya puerta dice un letrero: « *Hotel Diomedes.* »

¡*Diomedes!*...—*Diomedes* era uno de los más ricos habitantes de la antigua *Pompeya*, y en su casa se han hallado muchas preciosidades artísticas de los mejores tiempos de la civilizacion Romana.—Es decir; que *Diomedes* murió hace mil ochocientos años!...

Vamos allá, y veamos qué especie de irrisorio edificio es ese que lleva su nombre.

¡Oh desencanto!—El *Hotel Diomedes* es una Fonda, edificada hace dos ó tres años, y cuyo dueño, francés por más señas, sale á recibirnos haciéndonos muchas cortesías...

Yo me asombro de que esté vivo, y siento tentaciones de hablarle en latín.

El francés adivina entre tanto nuestros proyectos, y nos traza el plan que debemos seguir para realizarlos.

Su plan (y, por lo tanto, el nuestro) es el siguiente:

- 1.º Almorzaremos tortilla y chuletas de carnero.—No hay otra cosa.
- 2.º Despues de almorzar, pasaremos á *Pompeya*, que dista de aquí medio kilómetro.
- 3.º Allí encontraremos un Guia, que nos conducirá ante el Director de excavaciones, único habitante fijo de la Ciudad, para el cual traemos una carta de recomendacion.
- 4.º El Director nos acompañará por las calles..., todas desiertas, y nos introducirá en las casas..., todas deshabitadas.
- 5.º A la noche vendremos á comer y dormir á este mismo Hotel.
- 6.º Mañana de madrugada subiremos al *Vesubio*, llevando provisiones para almorzar en su cima.
- 7.º El susodicho francés, ó sea el ponente, nos proporcionará caba-

llos para la primera mitad de la ascension, y un Guia para el resto de ella.

8.º Al medio dia bajaremos por el otro lado del Volcan, y llegaremos á *Herculano*.

Y 9.º y último: Despues de visitar las calles subterráneas de *Herculano*, regresaremos á Nápoles en camino de hierro.

Total: unos cien francos por persona.

Dos horas despues.

Hémos á las puertas de *Pompeya*.

La primera ojeada basta para sentirlo y comprenderlo todo.

Una calle larga, recta y sola, embaldosada de lava, con altas aceras, se extiende ante nuestros ojos.—A uno y otro lado se ven casas con los techos derruidos.—En esta calle no hay otro vestigio humano que las huellas marcadas en el pavimento por los carros que rodaron muchos años sobre él y que despues no han rodado durante diez y ocho siglos.

Nada se oye.—Nadie pasa por ninguna parte...

Como esta calle, hay muchas..., muchísimas...

¡Y nada más!

De trecho en trecho encontramos unas pasaderas de piedra, destinadas á que los transeuntes cruzasen de una acera á otra los dias de lodo. Entre las pasaderas quedan cuatro ranuras, abiertas á distancias proporcionadas á la anchura de los carros de aquellos tiempos.

Estos pormenores, que tanto recuerdan *la vida*, me causan una profunda tristeza.

A la puerta de algunas casas hay unos altos asientos de piedra, á los cuales se subian los pompeyanos para montar á caballo.

Hoy son inútiles.

En los muros se leen borrosos letreros en latin, escritos hace mil ochocientos años, que delatan los amores de tal mujer, ó el delito de cual hombre; versos de Virgilio ó de Ovidio; palabras obscenas, y anuncios de funciones dramáticas ó de luchas de gladiadores.

¡Estas funciones no llegaron á verificarse!

Las fuentes públicas que se encuentran á cada paso no manan agua; los conductos de plomo que los surtian están rotos, y otros se ven fundidos por la abrasada ceniza que exterminó la Ciudad.

¡Cuánta desolacion!

Pasais de una calle á otra: veis Arcos de Triunfo; veis Palacios, veis Templos, veis anchas Plazas llenas de grandiosas columnas que permanecen de pié, ó cuyos capiteles yacen al lado de los pedestales; veis el *Forum Civile*, el *Templo de Venus*, las *Thermas* ó Baños Públicos, los *Tribunales*, las *Fábricas*, los *Teatros*...; pasais de la *Calle de las Tumbas* á la *Calle de los doce Dioses*, de la *Villa de Ciceron* á las *Prisiones*; recorreis toda la Ciudad en mil sentidos, y no encontrais á nadie, y no

sucede nada; y, sin embargo, todo os parece animado y vivo; todo reciente y nuevo.

¡Y ni compadecer podeis el destino de los pompeyanos! A cada momento, hallais á la entrada de una calle, ó en la puerta de una casa, un atributo infame de prostitucion, un signo de vileza, un ídolo nefando que os hace apartar la vista con horror...

Yo no ceso de recordar la *Pentápolis* de Zorrilla.

Con estos geroglíficos impuros
Se adornaron los pórticos, las fuentes,
Las calles y las plazas y los muros;
Y no quedaron ojos inocentes,
Ni oídos castos; ni recuerdos puros,
Ni rubor en los rostros impudentes...

El poeta habla de Sodoma: cualquiera diria que hablaba de *Pompeya*.

Por lo demás, la historia ostenta aquí un carácter con que no aparece en otra parte alguna. No es esta una representacion ó rememoracion del Mundo Antiguo, colegido por las ruinas, adivinado por los monumentos, aprendido por la erudicion.—La Antigüedad aparece aquí real, tangible, presente. ¡Es que no han pasado los diez y ocho siglos!

Y, en efecto, para *Pompeya* no han pasado.—*Pompeya* no ha sido testigo de nada de lo que ha sucedido en el mundo durante su largo sueño.—Sus casas, sus calles, sus templos no han visto lucir esos cientos de miles de soles que constituyen casi todo el Imperio Romano, toda la Edad Media y los siglos del Renacimiento.—Trae, pues, *Pompeya* á la imaginacion la idea del Dia del Juicio.

He penetrado en muchas casas: he recorrido todas sus habitaciones, distribuidas al estilo griego, con suelos de mosaico y preciosas pinturas en las paredes: héme detenido en el *átrio*, en el *peristilo*, en el *venereum*, en el *cubiculo*, en el *triclínio*, en el *larario*.—Y me he preguntado por aquellas costumbres, por aquella civilizacion, por aquellos dioses...—Y la Era Cristiana ha aparecido ante mis ojos como un océano interpuesto entre dos mundos!

Las casas de *Pompeya* tenían (y tienen) en vez de número, el nombre de su dueño, escrito con letras rojas.—Diríase que los pompeyanos preveían el destino de su Ciudad y adivinaban que con el tiempo la recorrerian otras generaciones, sin hallar á quién preguntarle noticias sobre la poblacion.

En la esquina de una calle leo el siguiente anuncio, escrito en latin sobre el muro: «*Se alquila en los dominios de Julia Félix, hija de Spurius, del 1.º al 6 de los idus de agosto, un baño, un venereum, noventa puestos ó tiendas y algunas piezas en el primer piso, por cinco años consecutivos.—Si se estableciere casa de PROSTITUCION, se anulará el arrendamiento.*»—¡Siempre el mismo *ritornello*! ¡Siempre la prostitucion!

Imposible me fuera apuntar todo lo que veo y me maravilla; pero el

mero nombre de algunos parajes revelará el interés con que los visito.

Aquí teneis la *Panadería*, donde se ha encontrado harina, trigo, el horno y todos los útiles del oficio:—aquella es la *Casa del Cirujano*:—hé aquí una *Fábrica de jabon*;—hé allí una *Botica*, que se halló repleta de drogas, y que tanta luz diera sobre la medicina antigua.—Mirad el *Gran teatro*, ó *Teatro trágico*, vasto semicírculo que se abría de cara al mar, fondo del escenario:—ved el *Teatro pequeño*, ó sea el *Odeon*:—apartémosnos del *Gran Lupanar*, descubierto en 1843, lleno de asquerosas pinturas é ídolos obscenos:—entremos en el *Granero público*;—penetremos en el *Erario*;—visitemos las *Prisiones*;—recorramos el *Taller del Escultor*;—detengámonos, en fin, en la *Posada de Albinus*;—pero no en la *Taberna y lupanar*, aquí próximos, en que vivían aliadas la embriaguez y la lascivia.

Al caer la tarde, fatigados de vagar todo el día por tan inmensa necrópole, volvemos á buscar al Director de Excavaciones, al cual hallamos preparándolo todo para que veamos desenterrar parte de un aposento de una Casa de la *Calle de la Fortuna*.

Esta operacion nos conmueve extraordinariamente.—Los trabajadores levantan la ceniza con gran cuidado...—¡A cada instante nos parece que vamos á ver salir un esqueleto!...—Al descubrir las paredes, brillan á nuestros ojos los vivísimos colores de sus pinturas, que un momento despues empieza á amortiguar el contacto del aire...—Aquí sale un mueble, allí una lámpara de barro, ora un ídolo de bronce, ora madera carbonizada, ora trozos de elegantes esculturas.

Se diría que la catástrofe fue ayer.—¡Oh fidelidad de la muerte! ¡Oh incorruptibles cenizas! ¡Qué bien habeis guardado vuestra presa al través de las edades!

El suelo que se descubre es un precioso mosaico que representa el Nacimiento de Venus.—Al limpiarlo, se recogen algunas monedas con el busto de Neron.

Mas ¿qué es esto que encontramos en un ángulo del aposento?

Es una *cuna de hierro* en forma de nave...

¡Qué horror! Los operarios remueven las cenizas que hay dentro de la cuna, y el Director de Excavaciones, que tiene ya gran práctica en la materia, nos dice palideciendo:

—La cuna estaba *ocupada*: aquí veo huellas de sustancias *animales*.

Pero hacemos mal en horrorizarnos. Aunque este niño no hubiese perecido al empezar su existencia; aunque hubiese vivido cien años, ya habria muerto hace muchos siglos.

El sol se va á ocultar.—Es la hora de recorrer toda la parte de *Pompeya* que permanece oculta bajo las cenizas, y de dirigirnos al *Anfiteatro*.

Esta colosal ruina se encuentra en un extremo de la Ciudad, muy lejos de las calles descubiertas hasta ahora.

Las excavaciones tuvieron primero por objeto demarcar el área de *Pompeya*, siguiendo la amplísima elipse de sus murallas, y, por consiguiente, se desenterraron todas sus Puertas y se fijaron los límites de la población.

El *Anfiteatro*, por ser tan enorme y tan importante, apareció y fue exhumado entonces; pero se le ha dejado solo, en el confin oriental del inmenso cinerario.

Para llegar hasta allí, cruzamos la parte de *Pompeya* que permanece inhumada, oculta hace tantos siglos á la luz del sol y á las miradas de los hombres, tácita y latente bajo las hambrientas cenizas!

Un fertilísimo viñedo y una risueña flora, que aquí dan espanto, han brotado de la capa de tierra vegetal que cubre esta sepultura inconmensurable.

Yo creo cometer un sacrilegio al mover la planta por los senderos que cruzan este campo de dolor, y la fijo en el suelo con timidez y blandura, como temiendo lastimar á los que debajo duermen...

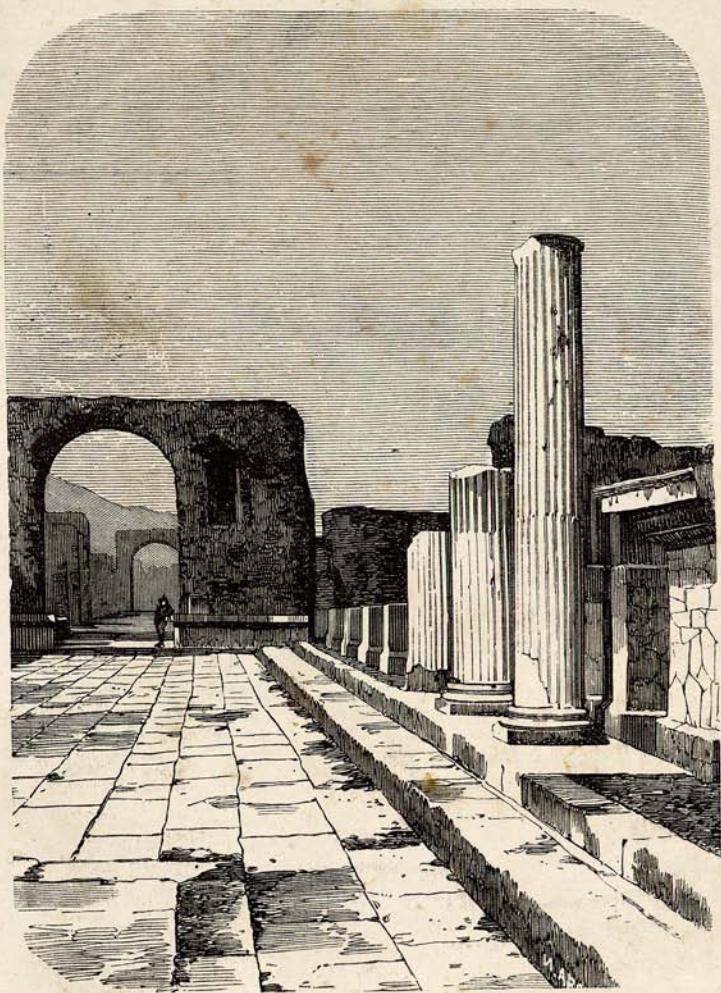
¡Oh! debajo de nosotros, en las entrañas de esta tierra sonriente, á cuatro metros de profundidad de esta verde y apacible llanura, hay calles, plazas, templos, estatuas, muebles, joyas y tal vez millares de esqueletos humanos!—La muda tierra esconde todavía el misterio de casi toda la ciudad difunta!

Hemos llegado al *Anfiteatro*, que se conserva íntegro, aunque con las gradas derruidas en su mayor parte. Estas son treinta y tres, y desde la más alta se abarca un espectáculo verdaderamente sublime.

Ante todo, causa un terror instintivo el recordar que los habitantes de *Pompeya* se encontraban reunidos aquí en el momento de la catástrofe, y no puede uno ménos de mirar frecuentemente al *Vesubio* (cuya mole, demasiado próxima, cierra el horizonte hácia el Septentrion), para ver si se advierte alguna novedad en el humo que lo corona... y tranquilizarse al hallarlo en su estado habitual.

En cambio, en este *Anfiteatro* no acontece lo que en el de Roma: aquí no se teme que los leones hayan perpetuado su raza en las cavernas subterráneas: aquí se tiene á la vista un mónstruo tan tremendo, tan cruel, tan incontrastable, que la idea de las bestias feroces no causa espanto á la imaginación. Y esto sin contar con que se sabe que hasta los temidos reyes de las selvas fueron impotentes contra la furia del Volcan, según lo acreditaron ocho esqueletos de leones, encontrados sobre esta arena cuando se removió la ceniza.

Desde lo alto de la gradería, vemos la espaciosa elipse del *Anfiteatro*, las viñas, el campo fúnebre que he descrito, algunas excavaciones parciales verificadas en medio de él, los Muros y las Puertas que encerraban la extinguida población, las Calles, las Casas, los Templos, el Foro..., toda la parte exhumada de la Ciudad: á la izquierda, álzanse el *Monte San Angelo* y el *Monte Cereto*, á cuya falda se apiña el arbolado en gran-



UNA CALLE EN POMPEYA.



des masas oscuras, sobre las cuales se destacan como blancas palomas algunos pueblecillos: al fondo, descubrimos la redondez del Golfo, azul y reluciente como un zafiro inmenso, y, en torno á las olas, las Ciudades que se miran en ellas: —*Castellamare* (con el Castillo en el mar, que le da nombre), *Sorrento*, ceñido de bosques y jardines, y la *Isla de Capri*, que parece una prolongacion de la *Punta della Campanella*:—más allá, la lontananza del Mediterráneo, una atmósfera de oro y esmeralda y un sol radiante que moja ya sus cabellos en las ondas, despues de un espléndido dia rico de música y de colores...: y, si volvemos á mirar más cerca, vemos con infinita melancolía las prolongadas sombras de las columnas solitarias que blanquean como esqueletos en la sorda extension de este desierto; vemos despedazados mármoles esparcidos por do quiera, haciéndonos imaginar que son los huesos calcinados y dispersos de la Antigüedad insepulta; vemos, en fin, á nuestra derecha, el siniestro verdugo de tantas generaciones, el triunfador de Pompeya, el titan de fuego, que, cuando pateo irritado, aniquila y sumerge las comarcas que lo rodean y hace retroceder lleno de susto al turbulento piélagos insondable.

Se oculta el sol.—Salió esta mañana y se pone ahora, como ha salido y se ha puesto durante 1800 años, sin encontrar á nadie, sin lucir para nadie en *Pompeya*.

¡Ah! ¡Cómo se van diez y ocho siglos! ¡Cómo se van!—Si esta Ciudad hubiera seguido habitada todo ese tiempo, hoy estaria atestada de cadáveres. No cubrirían las cenizas del *Vesubio* los restos de una generacion; pero, en cambio, la generacion que hoy morase aquí, hollaría con su planta la ceniza de otras cien generaciones precedentes.—Así es que, en este momento de solemne tristeza, no se da cuenta el alma de si compadece á los que murieron en *Pompeya* ó á los que en *Pompeya* hubieran nacido á no desaparecer la ciudad.

«Año 79» marcaba el reloj del tiempo la tarde aquella en que los pompeyanos, reunidos en este Circo, creyeron que habia llegado el fin del mundo.—«Año de 1861,» marca el sol de un dia de enero al despedirse hasta mañana de *Pompeya* sin habitantes.—¡Ah! ¿qué vale todo el poder; qué vale toda la furia destructora de un volcan, al lado de la vida de la Tierra, que rueda por los espacios, firme y segura en torno de su eje, regenerada todos los años por las caricias del sol, siempre jóven y hermosa, siempre ceñida de zonas bonancibles en que pueda renovarse la historia humana?

¿Ni qué vale la misma Tierra; qué vale la existencia de un astro más ó ménos,—incandescente ayer, mañana helado,—producto del consorcio de una cantidad errante de materia cósmica, agrupada sobre un centro fortuito por la misteriosa fuerza centripeta, y destinado á romperse, á desaparecer, á aniquilarse en un tiempo dado...;—qué vale, digo, la vida de nuestro planeta, si se compara con la eterna máquina del Orbe, con la

inmensidad del Infinito, donde giran, mueren ó nacen continuamente millares de millares de mundos, animados y dirigidos por la omnipotencia de Dios?

Es de noche. El universo exterior ha desaparecido. Las tinieblas se han apoderado de cielo, tierra y mar...

Refugiémonos en lo profundo del alma, donde tambien reside e Infinito.

VI.

EL VESUBIO.

19 de enero.

Despues de una noche inolvidable, cuya primera mitad he pasado contemplando á *Pompeya* á la luz de la luna, y la otra mitad soñando con la novela de Bulwer, con terremotos y con nuestra próxima subida al Volcan, amanece otro hermosísimo dia, que parece la repetición del de ayer, y que está muy lejos de serlo, pues entre ambos soles hemos gastado veinte y cuatro horas de nuestra limitada vida, y esas veinticuatro horas no tornarán ya nunca ni para nosotros ni para nadie.

Todo se halla dispuesto para nuestra arriesgada expedición de hoy. Los caballos nos esperan: las provisiones para el almuerzo que hemos de hacer al borde mismo del cráter, están ya preparadas: nosotros vamos armados de gruesos bastones con punta de hierro, á fin de asegurarnos en las ásperas cuestas de deleznable ceniza que tenemos que subir.— Podemos emprender la marcha.

Al principio caminamos por antiguas *carreteras pompeyanas*, dando la vuelta á las murallas de la Ciudad, y reparando en que las tales carreteras, embaldosadas de lava, están como alfombradas de una ceniza gorda y algo consistente.

Poco despues nos dirigimos en línea recta al inflamado Monte, cuya cima se eleva 1,200 metros sobre el nivel del mar, y por cuyas faldas hemos empezado á subir desde que nos apartamos algo de *Pompeya*.

El terreno que vamos atravesando es todavía muy fértil, á pesar de que el suelo tiene ya un aspecto mucho más mineral que vegetal. De entre las piedras calcinadas, de entre las escorias de fundidos minerales, de entre las huellas de la lava, de entre la misma parda ceniza (que parece arena), brotan frondosísimas vides, cuyos largos sarmientos se enredan á mil especies de árboles frutales, cubiertos ya de flores, mientras que en el suelo se ven rastreras matas de altramuz y de otras plantas que no conozco.

Así caminamos media hora, siempre subiendo.

Al cabo de ella, alcanzamos un terreno estéril, en que se hunden los caballos. Y es que aquí ya no hay más que ceniza en las cuestas accesi-

bles, y algunas negruzcas peñas, que salen de trecho en trecho, al modo de garrosas rótulas del esqueleto del Volcan.

Cinco minutos despues, se nos nubla el sol, y sentimos que llueve sobre nosotros.—Pero ni llueve ni el sol se ha nublado. Es que nos hallamos á la sombra del *humo*, el cual, despues de levantarse á una grande altura, vuelve á caer en la direccion del viento, como una ondulante pluma.—En cuanto á la lluvia, es ceniza que se escapa de los pulmones del gigante.

Por lo demás, el horizonte sonrie en torno nuestro.—Sólo á nosotros nos domina el horror y nos cobija la sombra.

Ya empezamos á pisar frios y parados torrentes de antigua lava, cuyas olas, retorcidas y trezadas, parecen la cabellera de Medusa.

Los caballos no pueden seguir... La pendiente, que ya era insufrible, llega ahora á los cincuenta grados.

Echamos, pues, pié á tierra y despedimos á uno de los Guias con las cabalgaduras.—Para descender, no se necesita auxilio. Ya ensayamos en Suiza la manera de bajar cuestas empinadas.—Igual haremos hoy.—Nieve ó ceniza, lo mismo es para el caso.

Ahora: para subir (y son muy pocos los que suben por este lado), se emplean tres sistemas, que son: 1.º atarse á la cintura una cuerda, de la cual tira un Guia, que sube de espaldas delante del viajero, mientras que otro le empuja por detrás; 2.º sentarse en una parihuela y dejar todo el trabajo á los dos Guias; y 3.º subir uno por su pié, como si fuera Guia y no viajero.

Nosotros hemos adoptado el último sistema, que, si bien más fatigoso que los otros dos, si bien penosísimo, si bien insoportable, es en mi concepto el más seguro, pues no va uno pendiente de la destreza ó de la buena voluntad de sus prójimos.

Pero (lo repito) semejante ascension es irresistible. A cada paso tenemos que detenernos, faltos de respiracion; y, si nos detenemos mucho, húndese la ceniza bajo nuestros piés y atrasamos lo adelantado...

Ya dejamos debajo de nosotros arroyos de lava líquida, cuyas espumosas escorias causan horror, y cuya marcha silenciosa y lenta sólo puede compararse á la del tiempo, que mata cuanto toca.

Afortunadamente, fluye poca cantidad y se enfriará y solidificará antes de llegar al pié del Monte; pero no por eso me arredra ménos su actividad destructora.—Mucho antes de llegar á una peña, la calcina: cuando la invade, la reduce á polvo. Todo se funde y se aniquila en torno de ella.—Venenosa lengua del Dragon horrible, no puede lamer sin matar.

La parte sólida del *Vesubio*, el verdadero Monte, concluye en esta region por donde se desborda la lava en negros chorros, que por la noche son rojizos.

El tercio de cuesta que subimos ahora se llama el *Cono de cenizas*.

Es una mole blanquecina de ochocientos metros de altura, formada

por las pavesas que arroja el cráter, las cuales suben á cierta elevacion y vuelven á caer sobre la montaña.

La mayor parte de esta ceniza se acumuló el mismo dia que desapareció *Pompeya*.

No bien ascendemos algo por el *cono*, empezamos á sentir calor bajo nuestros pies, reciamente calzados, y, cuando nos es forzoso poner la mano sobre la ceniza para no caer, tenemos que retirarla al punto...

Más adelante, notamos que de los hoyos que abrimos con los bastones cada vez que los clavamos para descansar, sale un humo negro y pestilante...

Entre tanto, la lluvia de ceniza arrecia sobre nosotros...—¡Nos acercamos á la cima!

El Monte empieza á estremecerse, con un ligero temblor semejante al de un buque de hélice en una mar serena.

Un trueno sordo, continuo, profundo, resuena ya debajo de nosotros....—Ora crece.... ora se debilita; pero siempre ruje.... siempre hierve....

El olor á azufre, á gas, á brea, á infierno.... es cada vez mayor...

La ceniza grieteada, incandescente, deja escapar un leve humo casi blanco, que, apenas se ha levantado algunos pies en la atmósfera, vuelve á bajar y á meterse en la misma grieta de donde salió, atraído por una aspiracion subterránea...

Estos vapores fugitivos, fátuos, traviesos, me parecen espíritus irónicos, duendes, diablillos, que salen del Averno á recibirnos, á vernos llegar, á engañarnos, y que se vuelven á su antro, á decirle á su Rey que ya estamos aquí, ó creyendo, en su malicia, que trataremos de pillarlos y nos precipitaremos tras ellos en el abismo.

Un paso más... Un último esfuerzo...

¡Hemos llegado!—¡Estamos en la cumbre del Volcan!

Séanos permitido un arranque de soberbia...—¡Hollamos la cúspide de la Pirámide de fuego!... ¡Pisamos la frente del Verdugo de Pompeya!

El humo nos envuelve en el primer momento...

Luego se desvanece la nube, y nos permite durante algunos minutos ver lo que nos rodea...

En redor nuestro se dilata una escabrosa planicie redonda, de unos cien metros de diámetro, cubierta de ceniza oscura y de escorias y rebabas.

Las escabrosidades de esta meseta son unas masas de espuma de betunes hirvientes, cuyo feísimo aspecto, porosidad esponjosa y estremecimientos continuos causan horror y miedo...

A pocos pasos de nosotros levántanse ligeramente los bordes del Cráter..., al cual vamos á asomarnos...

El terreno que pisamos parece hueco: debajo de nuestros pies tiembla y brama el incansable mónstruo...

El estruendo es cada vez más terrible...

Respiramos un aire mefítico, abrasado, infernal...

Pero no retrocedemos.

De diez en diez minutos lanza el Volcan un espantoso rugido: de su ancha boca sale una inmensa columna de humo, y cerca de ella brotan asimismo, de las hendiduras de la ceniza, mil y mil humos más ligeros. Esta nube, que vemos levantarse entre nuestros pies y por todas partes en el momento que el Cráter *respira*, flota algunos segundos sobre la montaña, sumergiéndonos en una tenebrosa noche: despues *aspira* el Cráter, y todos los humos parciales corren á sepultarse en él, absorbidos por sus formidables pulmones.

Llego al borde de la sima...

Para ello me arrastro boca abajo por la ceniza abrasada...

El Guia me retiene por los pies, temeroso de que pierda el sentido, de que me asfixien los vapores, ó de que avance demasiado y apoye las manos en un punto deleznable...

De esta manera descubro la boca del pavoroso abismo...

Es una especie de pozo, de seis varas de diámetro, circular. cuyas paredes, revestidas de azufre, presentan largas hendiduras...

Acomo la cabeza... Miro á lo hondo....

Al principio, el humo denso no me deja ver nada....,—Luégo distingo llamas rojizas y azules, que iluminan un sumidero negro, profundísimo...

Parece que allí borbotan y hierven cien calderas de plomo derretido...

Los gases me ahogan... El aliento del dragon me abrasa.

En esto retumba un espantoso trueno... El brocal de ceniza en que me apoyo, tiembla como el agua movida por el huracan. ¡La lava sube!...

¡Oh, sí! ¡La llama asciende entre torbellinos de humo! ¡Va á *respirar* el Cráter!...

¡Retrocedamos!

Apenas me aparto y me cubro con las manos el rostro, el aliento sofocante del Volcan pasa sobre mi cabeza.

Palpita la tierra; arde el aire; el cielo se ennegrece; la respiracion me falta...—¡Esto es morir!

Pero calma el acceso; desaparece el humo, quedando reducido á una espesa columna que se levanta gallarda en el espacio, y vuelve la luz, y brilla el cielo, y el mar reverbera otra vez en lontananza...

Dentro de diez minutos se repetirá el mismo fenómeno.

¡Y asi continuamente!

¡Oh! No reiteraré la dolorosa prueba á que acabo de someter mis fuerzas, por satisfacer una curiosidad que sólo ha conseguido avivarse...

¡Descender á ese abismo! ¡hé aquí lo que ahora se atreve á codiciar el alma!

Y es que ese abismo atrae...

Colgado sobre él, he creído estar asomado al corazón humano, viendo la cuna de las pasiones, la raíz de los sentimientos, los estragos de la desventura...

Aquí la turbación, aquí el gemido,
aquí la guerra, aquí los hondos males
tienen reinado eterno.....

murmuraba yo, recordando unos versos de Carolina Coronado.

—Aquí (decíame) se ven las entrañas de la tierra: de aquí brotan metales y betunes, piedras y gases, revueltos y confundidos, como van mezclados en la sangre todos los elementos de nuestra vida: aquí late en su origen la actividad del Planeta. La perpétua fecundidad del mundo exterior; la reproducción incesante de los principios generadores de animales y plantas; los siempre vistosos colores de la primavera; la rica sávia que se torna en frutos; la sal incorruptible que renueva lo que muere y sazona lo que nace; el calor vital y la fuerza progresiva que anima y sostiene, inspira y multiplica las variadas formas de la terrenal materia, todo eso se comprende por este movimiento oculto, por este fuego activo, por esta agitación constante que reside en el corazón del globo.— Los latidos de ese corazón, yo los oigo, yo los siento ahora: esta palpitación intermitente que lo agita, no es más que el sístole y diástole cuyo pausado ritmo señala los instantes de la vida de la Tierra.

Tales han sido mis reflexiones durante esos diez minutos, cuando el horror y el miedo daban treguas á mi alma.—Por lo demás, y si hubiera de seguir los impulsos instintivos de mi naturaleza (lo declaro francamente), ni un solo momento permanecería aquí despues que me he asomado al fondo del Cráter. Pero, como estoy seguro de que jamás he de volver á subir á este Monte, y sé que no todos los días, ni siquiera la mitad de los del año, se dan casos de que el Volcan devore á los que lo visitan, me decido á pasar algunas horas en este infierno, no sin invocar antes mi buena estrella y jurarle que, si libramos hoy con vida, lo cual es bastante fácil, mañana perderemos de vista estas regiones de mortales riesgos y pondremos el rumbo hácia la Patria,—donde, por la misericordia de Dios, no hay volcanes por ahora.

Los que hayan sentido un terremoto, comprenderán el miedo miserable que respiran estos discursos.—El hombre de más ánimo transigirá con otros peligros de muerte. La inundación, el incendio, la guerra, el frío, el naufragio..., todo esto ofrece alguna ráfaga de esperanza á la temeridad del hombre... Pero, cuando la tierra tiembla; cuando el abismo se abre; cuando el mundo que nos sostiene se aniquila..., ¿qué somos, qué podemos ser, qué hemos de esperar los débiles mortales!

Contra el *Vesubio* encolerizado no habría defensa, ni grados en la desdicha.—El tránsito sería de la vida á la pavesa, del ser á la nada.

¡Y luégo, el terror al cataclismo; el duelo natural de la criatura al ver desorganizarse la creación!...

¡Ah! morir con el mundo, es caer de un golpe en la insondable Eternidad.

Habrá quien no tema á la *muerte*; pero yo no creo que nadie dejaria de temer al *fin del mundo*, si lo viese próximo.

Conque almorcemos.

El Guia nos conduce á un paraje de esta cima, algo separado del Cráter, donde la ceniza se presenta más blanca y escabrosa que en parte alguna.

Este lugar se llama *la Cocina del Diablo*.

Los ingleses han introducido la costumbre de asar aquí huevos en la ceniza, para lo cual basta dejarlos un momento sobre ella.

Nosotros hacemos lo que los ingleses; y con esto, y queso de Parma, vino de Capri y pan (que son todas nuestras provisiones), almorzamos alegremente, aunque no sentadós; pues, como podreis comprender, nuestro objeto no es asarnos á nosotros mismos.

En seguida subimos á la parte eminente de esta cumbre, y nos solazamos con el panorama más grandioso que puede imaginar la poesía.

En torno nuestro, el Volcan humeante, los valles cubiertos de lava, la *Somma* (pequeña cordillera de betunes y cenizas, separada del *Vesubio* el día de la destruccion de Pompeya), los pueblecillos que bordan el pie de este monte; y despues Nápoles... el mar... las Islas, las llanuras de la Campania, infinidad de blancas Ciudades esparcidas entre verdes paisajes, las montañas azules, la inmensidad de un purísimo horizonte!...—Es un espectáculo arrebatador.

A las tres de la tarde, á la hora apocalíptica, emprendemos nuestra retirada.

Cruzamos, pues, todo el Monte en direccion contraria á la que hemos traído, y nos asomamos al gran valle de lavas que va á morir cerca de *Herculano*.

La bajada sólo es posible de una manera; ya sabeis de cuál...—Nos tendemos casi enteramente sobre la ladera de la montaña; nos apoyamos en los bastones ferrados; clavamos los talones en la ceniza, y nos dejamos ir con toda velocidad...

Cinco minutos despues nos hallamos á media legua del Cráter y mil metros por debajo de la cumbre del *Vesubio*.

¡Estamos libres!

VII.

HERCULANO.

Antes de continuar nuestra bajada, nos dirigimos á la célebre *Ermita de San Salvador*, donde se bebe (y bebemos) el mejor y más legítimo *lacryma Christi* de la comarca.

Desde allí volvemos á precipitarnos, aunque ya por pendientes más suaves, hasta llegar á *Resina*, que no es más que la antigua *Retina*, Puerto de la ciudad de *Herculano*, cuyas ruinas vamos á visitar.

La catástrofe de *Herculano* fue diferente de la Pompeya. La misma erupcion del 79 lo inundó de un lodo volcánico, duro hoy como el granito, sobre el cual vinieron despues diversas corrientes de lava hasta formar encima de la ciudad una compacta mole de *treinta y cuatro metros* de espesor.

Herculano permaneció tambien desconocido y olvidado durante diez y seis siglos y medio, hasta que en 1744, Manuel de Lorena, príncipe d'Elbeuf, habiendo sabido que un panadero de Resina, al abrir un pozo en busca de agua, habia encontrado muchos y muy buenos mármoles labrados, mandó hacer grandes excavaciones en aquel lugar y encontró el famoso *Teatro* de *Herculano*.

Despues se han descubierto algunas calles, una *basilica* y dos ó tres *villas* llenas de magníficas estáuas y de papyrus; pero como las excavaciones se han tenido que hacer por medio de pozos y de galerías subterráneas, á causa de la gran profundidad á que se halla la abrasada ciudad y de la dureza de la materia que la obstruye, se han vuelto á tapar casi todos los lugares explorados, á peticion de las ciudades que se levantan hoy sobre ella.

Herculano era un pueblo más artístico que la ciudad comercial que recorrimos ayer: asi es que en sus edificios se han encontrado muchas de las mejores estátuas que adornan *el Museo Borbónico*.

Fuera de este interés, muy escaso es el que ha ofrecido *Herculano*, sobre todo despues del descubrimiento de Pompeya. El tener que visitarlo á la luz de las antorchas, encontrando á cada paso los pilares levantados para sostener el terreno sobre los monumentos que no han vuelto á taparse, quita su pasmosa verdad á los objetos y aleja toda ilusion del ánimo del que los mira.

A lo menos yo, al recorrer hace poco aquel vasto *Teatro*, al cual se baja por muchos escalones, no he experimentado ni remotamente las emociones que me agitaron ayer en Pompeya.

Para que los despojos de los siglos aparezcan con toda su severa melancolía, es necesario que los alumbren las inextinguibles luces de la Naturaleza.

.....

EPÍLOGO.

DE NÁPOLES Á MADRID.

Llegó el momento de regresar á la distante pátria.—Es decir: Tenemos que desandar en algunos dias el camino que hemos andado en cinco meses.

Con igual rapidez habré de relatar este viaje de vuelta; pues mi *Libro de memorias* no contiene en este punto sino algunas fechas, algunos nombres y tal ó cual brevísima nota.

Hélo aquí todo, literalmente copiado:

Nápoles, 22 de enero.

Son las cinco de la tarde.

Dentro de unos minutos me habré embarcado para ESPAÑA.

Sin embargo, no iré por mar directamente, en busca de alguno de sus Puertos; sino que costearé la Italia desde aquí hasta *Génova*, tocando en *Civita-Vecchia* y *Liorna*, y luégo emprenderé el camino de tierra, por el *Mont-Cenis*, *Paris* y *Bayona*.

En el momento de dejar á *Nápoles* (donde he permanecido otros tres inolvidables dias, despues de nuestra excursion al *Vesubio*), recibimos la noticia de que la Escuadra francesa se marchó anteayer, dejando libre el mar á los buques sardos, y de que *Gaeta* se halla en vías de rendirse.....

¡Ha terminado, pues, el antiguo *Reino de las Dos Sicilias*!

Pero el vapor *Carmel* nos espera.....—¡Partamos!—Y, al partir, démos un adios del alma á esta region encantadora, á este cielo de amor, á este golfo cristalino.....

«*Ver á Nápoles..... y morir.....*»—¡No!—«*Ver á Nápoles y volver!.....*»—Hé aquí lo que yo exclamo al separarme de su costa.

¡*Volver á Nápoles!.....*—Dios me permita cumplir este deseo, realizar esta esperanza.

.....

A bordo del *Carmel*, 22 de enero.

Al oscurecer pasamos delante de *Gaeta*.

Truena el cañon....—Es el estertor de agonía de la vieja Italia.....

¡Salud á la Italia nueva, que se levanta del sepulcro!—Pero ¡honor tambien al último Campeon de la historia! ¡Honor asimismo á la hermosa Heroína de *Gaeta*, á la Reina destronada!

A bordo del *Carmel*, 23 de enero.

Hemos navegado toda la noche.

Nos amanece delante de *Civita-Vecchia*.

La Escuadra Española se halla fondeada en el Puerto.—Acaba de llegar de *Gaeta*.—¡Cómo alegra mi alma la bandera roja y amarilla!

Aquí me separo de Dióscoro Puebla, á quien acompaño hasta el muelle.

Él salta en tierra y se dirige al ferro-carril.—Esta noche se hallará de vuelta en *Roma*.

Yo regreso al Vapor, donde me paso el dia viendo á lo lejos las melancólicas llanuras del Estado del Papa y evocando mis recientes memorias de la Ciudad Eterna.

A las cuatro de la tarde levamos anclas con rumbo á *Liorna*.

Hace un tiempo hermosísimo: el horizonte, azul y despejado, se pierde de vista hácia poniente: el sol, al ocultarse, nos deja ver la erizada silueta de la *Isla de Córcega*, por delante de la cual pasamos á muchas leguas de distancia.

El capitán del Vapor me señala una Isla pequeña que se ve más acá, á unas tres leguas de nuestro derrotero.

Es la *Isla de Monte-Cristo*....., con la cual tanto he soñado.

A la noche se toma el té y se baila sobre cubierta, á la luz de la luna, que esclarece los cielos y la mar en toda la plenitud de su belleza.

Yo mido con la vista la triple estela rutilante que la quilla y las ruedas del Vapor dejan en pos de sí, y la descuento de la distancia que me separa de tantos seres queridos, y fluctúo entre la pena de dejar á Italia y la alegría de acercarme al suelo que me vió nacer.

Las hermosas y elegantes pasajeras se han cansadó de bailar, y descienden á sus camarotes, acompañadas de sus amantes, de sus maridos ó de sus padres.

Yo quedo solo sobre cubierta.

El capitán y el timonel cruzan algunas señales ó se dirigen algunas palabras técnicas de un extremo á otro del buque.....

A las doce de la noche distingo tierra á derecha é izquierda, y más de un faro que nos avisa los riesgos.....

Pasamos entre *Piombino* y la *Isla de Elba*.

A bordo del *Carmel*, 24 de enero.

Al ser de dia estamos en *Liorna*.

Reconozco el puerto á que arribé hace cerca de dos meses, cuando aún no habia visto á Florencia, Roma y Nápoles.

Mis deseos y mis esperanzas de entonces, hánse trocado en plácidos recuerdos.....

Tampoco salto aquí en tierra, y eso que *Liorna* está de gala, llena de colgaduras y flores y atronada por músicas militares.—Hoy deben llegar á ella los hijos de Víctor-Manuel, con direccion á Florencia, donde van á pasar el Carnaval.

En efecto: á eso de las diez llega al puerto una Fragata de guerra, que pasa rozando con el *Carmel*.....

Toda la Toscana sale á recibir á los hijos del Rey *Galantuomo*.

El príncipe Humberto, el heredero de la corona, es un corpulento mancebo, sumamente grave, á pesar de que sólo cuenta diez y siete años.

¿Quién puede leer en el porvenir de ese príncipe? ¿Recibirá la corona de toda Italia de manos de un Papa? ¿Será solo rey del Piamonte? ¿Heredará siquiera el derecho de vivir al pie de los Alpes?

Son las siete de la noche. Salimos para *Génova*.

Génova, 25 de enero.

Al amanecer, avistamos la *Cittá di Maria Santissima*.

Al desembocar encuentro á Caballero y á Jussuf, que me aguardan con las maletas hechas y dispuestos á acompañarme á España.

A las diez de la mañana salimos juntos para *Turin*.

Dos horas despues.

En Génova era ya primavera; pero, al pasar los grandes túneles del Apenino, nos encontramos con una espantosa nevada que cubre todo el Piamonte.

¡La verdad es que estamos en Enero!—¡Adios, pues, á las encantadas regiones del Mediodía, y salud á nuestros antiguos amigos los nevados Alpes!

Turin 4 de febrero.

He pasado diez dias más en esta ciudad, cuando sólo pensaba detenerme en ella algunas horas.

Decididamente, *Turin* ha sido la Cápua de mi expedicion á Italia. Tres veces he penetrado por sus puertas, y las tres veces me he quedado como adormecido dias y dias, disfrutando de sus diez y ocho grados bajo cero.

Durante esta mi última estancia en la capital del Piamonte, he asistido al estreno de una ópera nueva de Verdi (*Un ballo in maschera*), y he oido cantar la *Norma* á la justamente célebre Carolina Titen.

Al mismo tiempo he visto en el *Teatro Reggio* al Rey Víctor Manuel y al historiador César Cantú.

5 de febrero.

Partí al cabo, y héme aquí en trineo, atravesando á media noche las heladas cumbres del *Mont-Cenis*, cubiertas de sempiternas nieves.

Ya no pararemos hasta Madrid, donde nos proponemos vestirnos de

máscara este Carnaval.....—¡Y cuenta que el Carnaval es dentro de cinco días!

¡Nada más grandioso que la vista de los Alpes, á las doce de la noche, en pleno invierno, cubiertos de su blanco sudario y alumbrados por la luna!

Quando vuelva á Italia, haré la descripción de este cuadro.

Ahora no pienso ya más que en llegar á España.

Paris, 6 de febrero.

Acabo de llegar.

Son las cinco de la mañana; pero aún no amanecerá hasta dentro de dos horas y media.

Las anchurosas calles de la gran ciudad están completamente solas y mudas.—*Paris* duerme.

Nosotros lo atravesamos de un extremo á otro, y nos ponemos en franquía para seguir nuestro viaje á España.

Burdeos, 8 de febrero.

¡Excelentes ostras y excelente vino!.....

Pero el pito del tren sólo nos deja ya tiempo para pagar nuestro gasto de dos días... ..

¡Adelante, pues!

Irun, á la una de la madrugada del 9 de febrero.

Hace una hora que pasé la frontera y pisé tierra de ESPAÑA.....

¡ESPAÑA!.....—No ofenderé mi patriotismo, definiendo la santa alegría con que pronuncio este nombre, con que oigo hablar castellano en torno mio, con que respiro el aire de la pátria.....

Adivínelo todo quien me leyere.

Lúnes, 11 de febrero.

Esta mañana llegué á *Madrid*.

Era segundo día de Carnaval... Me vestí de máscara, y me fuí al Prado, en busca de personas muy queridas.

Les hablé, y no me conocieron: en castigo de lo cual, me abstengo aquí de decirles mi opinion acerca del gran problema que encierra la unidad italiana.....

«*La elocuencia es plata; pero el silencio es oro,*» dicen los orientales.

Y, hablando en plata, yo no sé qué decir de la cuestion de Roma.

FIN.

INDICE.

PÁGINAS.

LIBRO PRIMERO.

FRANCIA.

I. Marsella.	7
II. De Marsella á Paris.	11
III. Los boulevards de París.	19
IV. París, metrópoli del mundo.—La plaza de la Concordia.	21
V. Excursion al campo.—Mr. Iriarte.—La isla de Croissy.	27
VI. El pescador Mauricio.—Costumbres parisienses.—Un suicida.—La misa de Bougival.	33
VII. Dos conciertos.—Muerte y entierro de la duquesa de Alba.	47
VIII. La Rigolboche.—Garibaldi y otros númenes.—El árbol trasplantado.—El humanismo.	57

LIBRO SEGUNDO.

SABOYA Y SUIZA.

I. El monte Jura.—¡Benditas sean las montañas!	69
II. Ginebra.—Una tarde en el lago.	73
III. Saboya recién anexionada á la Francia.—Tipos y costumbres.—Arcos triunfales.—Los Alpes.—¡El Mont-Blanc!—Chamounix.—Donizetti.—La noche y la nieve.	80
IV. Fisiología del mulo, del jumento y del caballo.— <i>La Mar de Hielo</i> .—Avalanchas.—El Album de la <i>Flechere</i> .—Puesta del sol.	90
V. El hotel de la cascada.—Otra vez Suiza.— <i>La Tete-Noire</i> .—Unas inglesas.—El Valle del Ródano.—El Monte San Bernardo.—Martigni.—Sobre los tontos.—Sion.—Brig.—Entrevemos la Alemania.—Prisioneros de Castellidardo.—Pazo del Simplon.—El hospicio.—Los perros.—Aparicion de Italia.	102

LIBRO TERCERO.

EL PIEMONTE.

I. <i>El Lago Mayor</i> .—Un domingo en las <i>Islas Borromeas</i> .—La familia de San Carlos.—Milicia nacional.—La cuestion de Italia.—Novara y Magenta.—Llegada á Turin.	123
--	-----

II. Turin.—Resúmen de su historia.—Un paseo por la ciudad.—Emmanuel Filiberto de Saboya.—El Palacio Real por dentro.—Turin á vista de pájaro.—Las inglesas de Martigni.—Una ópera en Italia.—Jussuf.	144
III. Iglesias de Turin.—Palacio del Tasso.—Galería Real de cuadros.—Establecimientos públicos.—Isabel y Juana.—La fotografía.—Un almuerzo con españoles.—El Museo egipcio.—La Superga.—El cementerio.—Juicio del Piamonte.	163

LIBRO CUARTO.

LA LOMBARDÍA.

I. El autor tiene una explicación con los lectores.—Marengo.—Casteggio.—Una tarde en Pavia.—Recuerdos de la patria.— <i>El Albergo della Croce Bianca</i> .—Lugar de la batalla de Pavia.—La cartuja.—Los monjes.—La celda de Francisco I.—Diviso á Milan.	179
II. Un paseo por las calles de Milan.—Estética recreativa.—Primera visita á la catedral.— <i>Guillermo Tell</i> en el <i>Teatro de la Scala</i> .—Recuerdos históricos.	208
III. La catedral por dentro y desde lo alto de su pirámide.—Museo de pinturas.—El Arco de la Paz.—Un anfiteatro romano.—La <i>Cena</i> de Leonardo da Vinci.—Iglesias antiquísimas.—La víspera de difuntos en un cementerio italiano.—Un drama patriótico en el teatro de <i>S. Radegonda</i>	224

LIBRO QUINTO.

EL VENETO.

I. Adios á la Lombardía.—El lago de Garda.—La frontera austriaca.—Italianos y Tudescos.—La policía.—El cuadrilátero.—Verona.—Noche lúgubre.	241
II. <i>Redeunt spectacula mane</i> .—El palacio <i>Giusti</i> .—Un paseo por Verona.—Otro anfiteatro.—El sepulcro de Julieta.—Paso por Pádua.—Venecia á lo lejos.—Llegada á Venecia.	250
III. Primer paseo por Venecia.	258
IV. Venecia á vista de pájaro.—Un paseo por el Lido.—La <i>Piazzetta</i> .—La plaza de San Márcos á las dos de la tarde.—Los Venecianos y los Austriacos.—El café <i>Florian</i> y el café <i>Cuadri</i> .—La noche de un domingo.	265
V. El palacio de los Dux.—De la <i>Escalera de los Gigantes</i> al <i>Puente de los Suspiros</i> .—Sala del <i>Gran Consejo</i> .—Sala del <i>Consejo de los Diez</i> .—El <i>Consejo de los Tres</i> .—Los <i>Plomos</i> y los <i>Pozos</i> .—Recuerdos de Silvio Pellico.—Lugar del tormento.—Un <i>Cicerone</i> como hay pocos.—El canal de la <i>Paglia</i>	290
VI. Iglesias y Palacios.—Ticiano.—Canova.—Dos noches de teatro.—Excursion á las islas.—Adios á Venecia.	301
VII. Un día en Pádua.—San Antonio.—La frontera pontificia.	312

LIBRO SEXTO.

LAS LEGACIONES.

- | | |
|--|-----|
| I. Una tarde en Ferrara.—El <i>Castello</i> .—Recuerdos de Lucrecia Borgia.—Parisina.—El Tasso. | 325 |
| II. El amanecer en Ferrara.—Viaje á Bolonia.—Las torres inclinadas.—Paseos por la ciudad.—La academia de Bellas Artes. | 334 |

LIBRO SÉTIMO.

MÓDENA Y PARMA.

- | | |
|--|-----|
| I. <i>Módena</i> .—El <i>Albergo de San Márcos</i> .—Un poco de historia.—El teatro <i>ducal</i> , ahora el <i>real</i> .—Recuerdos de <i>Liliput</i> .—El actor <i>Rossi</i> .—Un paseo por la ex-córte.—Palacio del ex-duque.—La <i>Via Emiliana</i> | 351 |
| II. De <i>Módena</i> á <i>Parma</i> .—Los Farnesios.—Recuerdos de España.— <i>Correggio</i> .—Un teatro antiguo y otro moderno. | 362 |

LIBRO OCTAVO.

GÉNOVA.

- | | |
|---|-----|
| I. Entreacto.—El autor <i>hace novillos</i> y se vuelve á Turin.—Visita al conde de Cavour.—Teatros.—Viaje á Génova.—Un ferro-carril en los Apeninos. | 373 |
| II. Vista de Génova.—Recuerdos históricos.—Cristóbal Colón.—Paseos por la ciudad.—Los garibaldinos.—Una <i>manifestacion pacífica</i> .—Me embarco para la Toscana. | 378 |

LIBRO NOVENO.

LA TOSCANA.

- | | |
|--|-----|
| I. <i>Liorna</i> .—De <i>Liorna</i> á <i>Pisa</i> | 390 |
| II. <i>Pisa</i> | 393 |
| III. <i>Luca</i> | 404 |
| IV. De <i>Luca</i> á <i>Florenia</i> .— <i>Florenia</i> á lo lejos.—Recuerdos históricos.—Primer paseo por la ciudad. | 406 |
| V. La vida en <i>Florenia</i> .—Costumbres.—Paseos.—Las floristas.—Teatros.—El <i>Perro de Florenia</i> .— <i>Pitti</i> y <i>Uffizi</i> .—La <i>Virgen de la Silla</i> .—La <i>Venus de Médicis</i> .—Iglesias.—Monumentos.—Salimos para <i>Roma</i> | 415 |
| VI. Un matrimonio feliz.— <i>Siena</i> .—La última ciudad <i>del mundo</i> .—La frontera de los Estados actuales del Papa. | 433 |

LIBRO DÉCIMO.

ROMA.

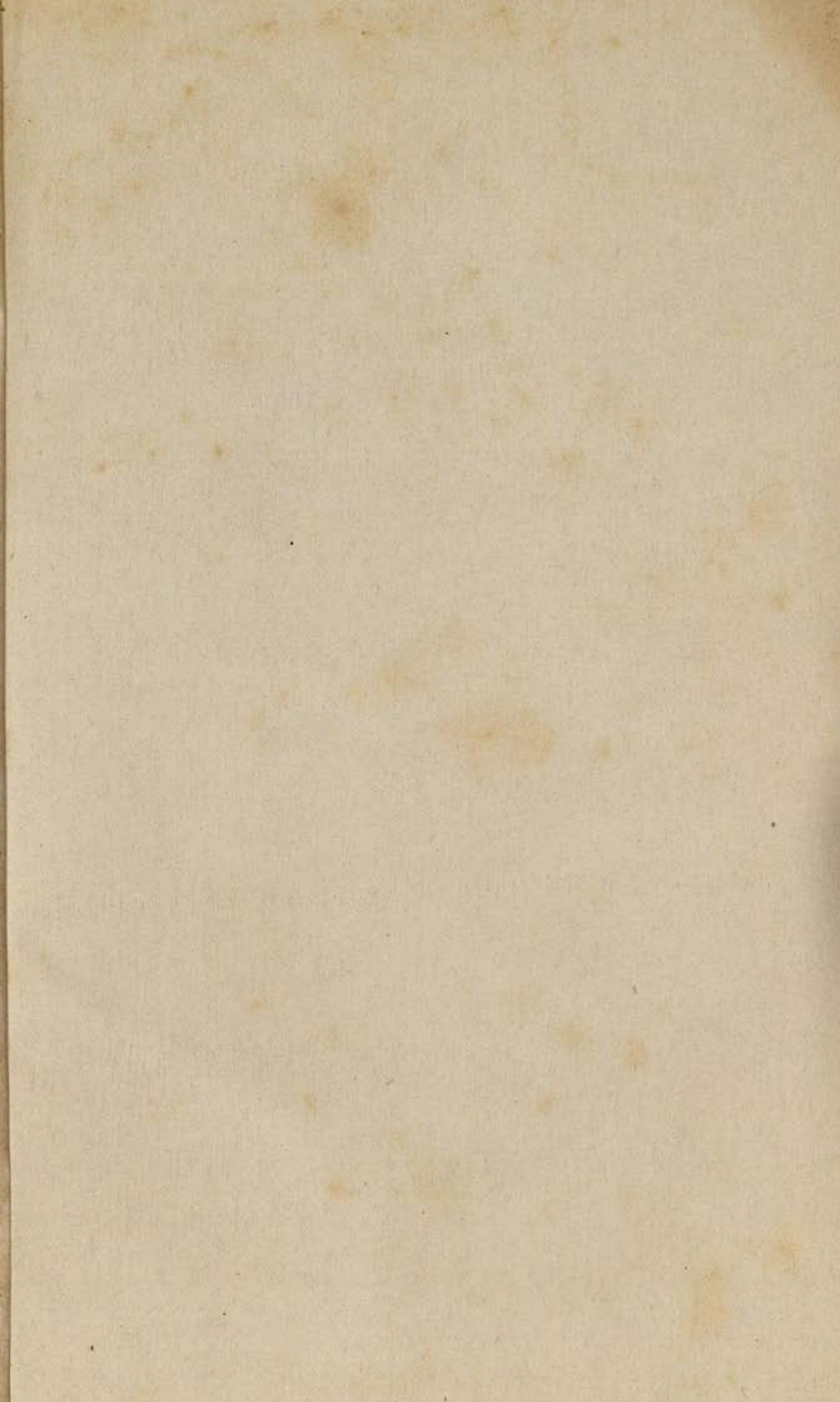
- | | |
|--|-----|
| I. La campiña de <i>Roma</i> .— <i>Roma</i> á lo léjos.—Entrada en la ciudad eterna. | 449 |
| II. Primeras impresiones.— <i>Roma</i> en el <i>siglo</i> | 453 |
| III. El Coliseo á la luz de la luna. | 462 |
| IV. La <i>Basílica de San Pedro</i> | 472 |

lo.—La celda en que murió <i>Tasso</i> .—El Pan-	
—El Pincio.—La aristocracia seglar de Roma.—	
Puesta de sol.—Tertulia española.	483
VI. La Noche-Buena en Roma.	491
VII. El Papa de Pontifical.	498
VIII. Los teatros de hoy.—Las <i>Catacumbas</i> de San Sebastian.—	
Excursiones á Tiboli, Frascati y Albano.—Iglesias y pa-	
lacios.—El Papa en la calle.—Fin del año.	503
IX. Visita al Papa.	517
X. El Vaticano.—Maravillas de arte de la antigüedad y del Re-	
nacimiento.	525

LIBRO UNDÉCIMO.

NÁPOLES.

I. De Roma á la frontera Napolitana.—Terracina.—Gaeta.—	
Un obstáculo imprevisto.	535
II. Cita-Vecchia.—Dos ajusticiados.—El archipiélago Parteno-	
peo.—El Vesubio á lo léjos.—¡Nápoles.	540
III. La vida en Nápoles.—Los lazzaroni.—Il Carricolo.—Poz-	
zuoli.—Los reinos de Pluton.—Puesta del sol.—Una	
trattoria.—El teatro de San Carlos.	544
IV. <i>El Museo Borbónico</i>	553
V. Un día en <i>Pompeya</i>	558
VI. <i>El Vesubio</i>	566
VII. <i>Herculano</i>	571
EPILOGO.—De Nápoles á Madrid.	573





Biblioteca Regional
de Madrid Joaquín Leguina



1374730

